

BN  
RD863.44  
C762p

VESTRE EMILIO CONT

# LOS PREDESTINADOS

(NOVELA BASADA EN HECHOS HISTORICOS)



COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

IMPRESORA ARTE Y CINE, C. POR A.  
CIUDAD TRUJILLO, REPUBLICA DOMINICANA

1961



Obras del mismo autor:

**Publicadas:**

**"LLAMAS DE PASION" y**

**"Una mujer interesante"**

**"MANUAL DE ARCHIVO"**

**Inéditas:**

**"El Traje Nupcial"**

**"LOS VIOLENTOS"**

Esta novela está inscrita en el "REGISTRO DE LA PROPIEDAD LITERARIA Y ARTISTICA" de la República Dominicana.





SILVESTRE EMILIO CONTIN



# LOS PREDESTINADOS

**Novela basada en hechos  
históricos**

COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

CIUDAD TRUJILLO,  
República Dominicana.

1 9 6 1



ABR. 7 1972

## BUENA TRAMA PARA UNA PELICULA

La trama de esta novela puede servir de argumento a una película nacional, pues, además de las jiras, bailes, escenas amorosas, luchas de pasiones; intrigas, canciones, etc.; se describen con lujo de detalles, colorido y realidad, los siguientes hechos históricos:

- 1.— El fastuoso carnaval del 1929.
- 2.— La huelga de motoristas del 1929, con sus trágicos acontecimientos.
- 3.— La situación política de los años 1927 al 1930, con sus funestas luchas e intrigas palaciegas.
- 4.— El Movimiento Cívico del 23 de Febrero de 1930.
- 5.— El Ciclón que el 3 de septiembre del 1930 destruyó la ciudad de Santo Domingo de Guzmán (hoy Ciudad Trujillo). Cuyas macabras escenas se describen con vivida emoción y lujo de detalles.

BN  
RD 863.44  
C762p

COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

AL LECTOR

En todas mis novelas campea la sencillez más absoluta en lo que respecta al lenguaje, lo que se debe al deliberado propósito de que la lectura de sus páginas les sea agradable y de fácil comprensión a los lectores de poca preparación intelectual y no hay para mí mayor satisfacción que la resultante del conocimiento de que a éstos les han proporcionado momentos de amena entretención.

El autor.

27-4-72  
Boog-7-4-72  
Compra mailing

Reg. No. 001121







LOS PREDESTINADOS



---

Jorge Sacín estaba en esa encantadora edad en que el alma candorosa y feliz vaga por las sublimes regiones del ensueño.

Una tarde, mientras estudiaba en la biblioteca de su fastuosa residencia paterna sintió las primeras inquietudes que experimentan los adolescentes al pisar los umbrales de la pubertad y, muy preocupado, dejó los libros y salió rumbo al parque "Duarte" (1), en el cual unos minutos más tarde, ocupaba asiento.

En esos instantes la primavera estaba en su deslumbrante apogeo. De los árboles caía una lluvia de flores sonrosadas y brotaba una sinfonía tan delicada y dulce que parecía venir del cielo. Sin embargo, Jorge, permanecía indiferente a tanta belleza y armonía y era tal su abstracción que no advirtió la llegada de un jovencito, quien, al no recibir la debida respuesta a su saludo, dándole una palmadita sobre el hombro, le preguntó: ¿Qué te sucede, Jorge?

—Nada.....

—Vamos, no me escondas la verdad... A lo mejor pueda ayudarte. Habla....

Jorge miró al amigo, luego, bajando la vista, murmuró:

—Bueno, Antonio, sin saber por qué, con mucha frecuencia me pongo sentimental.

—Así estaba yo hace algún tiempo y, un amigo, me recetó un antídoto prodigioso.

—¿Cuál?

---

(1) Esta novela tiene como proscenios la hidalga Ciudad de La Vega Real, cuna de hombres de la talla moral e intelectual de Federico García Godoy, Telésforo R. Calderón, Emilio García Godoy, Emilio Espínola y otros hombres prominentes; y Ciudad Trujillo.

Antonio, en voz muy baja hizo algunas confidencias a su amigo y éste entusiasmado se propuso seguir sus consejos. En ese momento pasaba cerca de ellos una jovencita de formas tentadoras y el primero, al verla, exclamó.—¡ Uf!, ¡ qué filigrana!

—¡ Diablos, qué belleza! —robusteció Jorge.

—Esta es tu ocasión.....

—Sí, nos veremos luego.... Adiós —dijo Jorge y caminando con rapidez alcanzó a la encantadora muchacha, la cual, segundos más tarde, admirada de su elocuencia, se detuvo y después de mirarle detenidamente, pensó: es agradable, pero todavía es un niño. Hecha esta reflexión, sonriéndole amablemente, le dijo:

—Muchachito, vuelve sobre tus pasos y no me importunes más.

—No me iré, te seguiré hasta saber dónde vives; porque nos hemos encontrado en un momento crucial de mi vida, y quiero cultivar entre nosotros el amor más grande y sublime del mundo.

La joven le miró atentamente y luego, sonrió. Apenas habían avanzado algunos metros más, cuando ella, deteniéndose a la puerta de una casa, le dijo:

—Esta es mi residencia. Adiós.

—Por favor, no me despidas así..... Deja que la fragancia de mi afecto perfume tu existencia.....

—Bueno, si te conformas con cultivar entre nosotros una amistad desinteresada, puedes pasar.

Sacín entró y se acomodó en un sofá de mimbre.

La joven, sentándose frente a él, le preguntó: ¿Cómo te llamas?

—Jorge Sacín, para servirte.

—¿Eres hijo de Don Salomón Sacín?

—Sí.

La damita, acariciando a un gato de angora que acababa de acomodarse en su regazo, continuó:

—Yo conozco a tus padres. Don Salomón está reputado como uno de los comerciantes más ricos de la región y como un hombre de mal genio..... perdona que sea tan franca.

—Ese es su defecto. . . . Cuando se le mete entre ceja y ceja una idea se muestra terco como un gallego; pero en el fondo no es malo. . . . En cambio mi mamá es tan buena, que no pecaría de exagerado si dijera que es una santa.

—Sí, ella tiene fama de ser una mujer muy bondadosa.

—Gracias —exclamó Jorge agradeciendo a la joven reconociera los méritos de su progenitora. Luego, mirándola fijamente, agregó: Bueno, ahora me toca a mí hacer de confesor.

—Con mucho gusto responderé a tus preguntas.

—¿Cómo te llamas?

—Silvia.

—¿De dónde eres?

—De Jarabacoa.

—¿Por qué dejaste tu pueblo?

Silvia se quedó pensativa y, después de unos segundos de pesado silencio, con lentitud respondió: Por dos razones que han amargado mi vida. La primera de ellas fué la muerte de mi padre y la segunda mi divorcio.

—¡Ah! ¿Eres divorciada?

—Sí.

—¿Cuál es tu profesión?

—Modista, —respondió la joven—, luego agregó: —hace algún tiempo que tengo un taller montado y gano lo suficiente para vivir bien. Este minino es mi único compañero y lo quiero como a un hijo.

En ese momento llegaron unas damas y Jorge se retiró, pero desde esa ocasión, de un modo galante y tenaz, recitó a los oídos de la joven, las ansias infinitas de su ardiente pasión y un día, ella, loca de amor, le envolvió en el ardor de su despierta sensualidad. Iniciándose para ambos una vida llena de ilusiones y de eróticos deleites.

Desde entonces el uno para el otro, fué una suprema necesidad. Fuera del amor nada cabía en su mundo de ensueños y, como resultaban cortas las noches para complacer los reclamos de su insaciable voluptuosidad, utilizaban las horas del día. De esta suerte, Jorge comenzó a faltar a la escuela y el Director se lo dijo a Don Salomón,

quien resolvió llevarlo personalmente y volver por él a las horas de salida.

Desde ese momento, Jorge se vió privado de la felicidad que le proporcionaba la compañía de Silvia. Muy pronto la nostalgia, con su pesadez de tedio y de inquietud, reboseó de amargura su corazón, tornándose la mansedumbre del enamorado adolescente en impaciente rebeldía. Un día fué en busca de su madre y le dijo:

—Madrecita, esta situación es insoportable... Ya soy un hombre y mi corazón se subleva contra esta tiranía.... Sí, no puedo soportar más el encerramiento y de no operarse un cambio en la conducta de papá, me iré a correr mundo; aunque me muera de hambre.... Es preferible la muerte a esta odiosa opresión.

Doña Sarah alarmada exclamó:

—Por Dios, piensa lo que dices, Salomón lo que persigue es tu felicidad..... Quiere hacer de tí un hombre de provecho.... un profesional.

—Sí, pero no debiera olvidar que el exceso es contraproducente.... Además, no es justo que, después de pasar todo el día estudiando, se me encierre como a un niño... Si no me deja en libertad para expansionarme, me iré de aquí.... Te lo juro por esa virgencita que está en la pared.

Doña Sarah comprendió que al muchacho no le faltaba razón y, después de prometerle hablar con su padre, se fué en busca de éste, exponiéndole la situación. Larga fué la entrevista y muchas las alternativas. Mas, al final, había logrado el consentimiento para que Jorge pudiera salir los fines de semana.

El sábado, a eso de las seis, Silvia, mientras se bañaba, añorando al amado, con acento triste, se puso a cantar:

Cada hora que pasa  
cuando yo no te veo,  
me parece más triste y más larga la espera  
que tengo de tí...

Le pregunto al silencio  
por tu risa lejana

y a la brisa que pasa  
si ha visto a tu boca  
siquiera reir.

No sé por qué tan triste  
se ha quedado mi alma,  
no sé por qué me duele  
aquí dentro del pecho  
algo mío de tí...

Tú sabes el secreto  
de esta espera callada  
en que está agonizando  
mi alma enamorada  
por tu sonreir.... (2)

De pronto, guardó silencio y pensó: ¡Dios mío, me pareció oír su voz!

—Silvia, Silvia,— dijeron de nuevo y esta vez desde la alcoba.

—¡Oh, es él! —exclamó la joven, y tal como estaba, fué al encuentro del amante, el cual, al verla así, con delirante entusiasmo la estrechó entre sus brazos y la besó apasionadamente.

Desde esa deliciosa entrevista, Sacín, entre días, se escapaba del colegio para gozar de la compañía de la joven, regresando al mismo, minutos antes de terminar la última clase.

Muy pronto fué descubierta su maniobra y acusado ante su padre, quien llamándolo a su despacho, le dijo:

—El Director del colegio me acaba de informar que Ud. ha vuelto a faltar; como castigo le prohibo salir los fines de semana y en la noche. Vaya a encerrarse en su dormitorio.

—Está bien —respondió Jorge dirigiéndose a su habitación. Mas, en vez de tratar de enmendarse, comenzó a planear la forma de poder burlar la vigilancia paterna pa-

(2) "POR TU SONREIR", canción-bolero del laureado poeta y escritor dominicano, Juan A. Vicioso Contín, muerto trágicamente en un accidente aéreo, el día 5 de agosto del año 1955.

ra ir donde Silvia y, un día, al entrar a su habitación un muchacho llamado Perico, de tez oscura, que se había criado en su casa, con quien se llevaba muy bien, se le ocurrió valerse de él para realizar su propósito y, en tono suplicante, le pidió que le ayudara en ese sentido. El zagalón, sorprendido ante tal petición, exclamó:

—Pero, ¿cómo diablos puedo ayudarte. . . . Si yo soy un muchacho igual que tú?

—Casualmente, por eso podrías hacerlo. . . . .

—No te entiendo. . . Vamos, dime de un tirón, ¿en qué forma quieres que lo haga?

—Lo que necesito es que te quedes en mi cama todas las noches hasta que yo regrese de donde Silvia.

—¿En tu lecho?

—Si.

—Pero don Salomón se daría cuenta.

—Si te arropas de pies a cabeza no se dará cuenta del cambio.

—Es verdad. . . Pero. . . . ¿por dónde piensas salir a la calle?

—Por el solar que está al fondo. Saldré por esa puerta, cuyo pestillo dejaremos sin correr para no tener que llamarte a mi regreso, pues podrían oirme.

—Tienes razón. . . ¿A qué hora debo venir?

—Tan pronto como apaguen las luces del jardín.

—De acuerdo.

Tal como lo habían planeado, procedieron aquella noche, resultando sublimes los instantes que Jorge pasó en brazos de su sensible y amorosa amante. Las entrevistas seguían sucediéndose cada vez con mayor frecuencia, apasionamiento y deleite para ambos jóvenes, mas; una noche en que Perico dormía como un rey en su lecho, cambió de posición con tan mala suerte que el rostro quedósele desabrigoado. En ese momento Salomón entró y prendiendo la luz tiró la mirada sobre la cama y al verlo, hecho una furia, se lanzó sobre él y le entró a cachetadas, obligándole a decir el sitio en que se encontraba Jorge. Luego le ordenó pasar a su cuarto y no salir de él. El fiel muchacho



obedeció, pero segundos más tarde, sigilosamente se dirigió a la casa de Silvia para poner a su amigo en guardia.

Grande fué el disgusto que ocasionó a la enamorada pareja tan desagradable noticia y mayor aún fué la sorpresa de Jorge, cuando al entrar a su aposento, vió a su padre, quien sin darle tiempo para escurrirse, le tiró del brazo y, abrumándolo de frases cargadas de rencor y amenazas, le dió unos cuantos latigazos.

A la mañana siguiente a Jorge le intranquilizó que doña Sarah entrara a su habitación llevando una maleta de viaje y sin poderse contener le preguntó:

—¿Mamá, para qué traes esa valija?

—Para acomodar tus ropas, pues esta tarde saldrás con tu padre con destino a la Capital.

—¡Ah! sí... ¿Y cuál es el objeto de ese viaje?... Pues él no me ha dicho nada sobre el particular.

—Va a internarte en un colegio.

—¡Eso jamás! —replicó el empecinado adolescente.

—Hijo, debes acatar la voluntad de tu padre... Es por tu bien —aconsejó la madre iniciando su tarea.

—Bueno, veremos —refunfuñó Jorge, fijando de un modo extraño la vista sobre la maleta.

La buena señora, sin tomar en serio la amenaza, continuó su labor y al terminarla, cerrando la valija, le entregó la llave. Al recibirla, Jorge sonrió maliciosamente y tan pronto como se vió solo, tomando su equipaje, salió cautelosamente de la casa dirigiéndose a la de Silvia.

Ya próxima la hora de partida, don Salomón fué a ver si estaba listo para emprender el viaje y, al darse cuenta de que se había escurrido, se mordió los labios. Luego, llamó por teléfono al Jefe de la Policía y después de ponerle al corriente de la conducta observada por su hijo, le suplicó su detención, dándole la dirección de Silvia, en la cual fué localizado por dos agentes de la secreta y conducido a presencia del Comisario, quedando bajo arresto preventivo. Al día siguiente don Salomón fué por él. Desde ese momento se recrudeció la lucha entre ellos. Doña Sarah, alarmada, acudió a los buenos oficios del abogado de la casa, el cual era, además, padrino de Jorge. Como resultado de la int-



ligente mediación del licenciado, Don Salomón resolvió cambiar de táctica y al efecto reuniéndose, en el cenador, con su esposa e hijas, les dijo:

—Para ver si Jorge se enamora de una muchacha que valga la pena, he resuelto dar una serie de festivales, a los cuales invitaré a las jóvenes más prestantes y bellas de nuestra colonia y espero que Uds. me presten su más entusiasta y decidida cooperación.

La idea fué acogida con alegría de parte de doña Sarah y sus hijas, quienes consideraron que esa era la forma más hábil y práctica de vencer a Silvia. Segundos más tarde habían acordado dar un rumboso baile el próximo sábado; encargándose doña Sarah de preparar a Jorge, a cuya habitación se dirigió inmediatamente y, después de abrazarlo alegremente, le dijo:

—Hijo mío, de nuevo se han abierto las puertas de esta casa para tí. Tu padre me ha encargado decirte que puedes salir.

—¡Qué cambio tan brusco!..... ¡Hum!..... Algo se trae papá.

—Te equivocas —se apresuró a decir doña Sarah....— Se debe a la intervención de tu padrino, pues desesperada por la lucha que Uds. sostenían, le supliqué su mediación y gracias a Dios, sus consejos han dado un magnífico resultado.

—¡Qué buena eres, mamá!

—¡Ah!, olvidaba recomendarte que regreses temprano y que el sábado no salgas, pues pensamos dar una fiesta y tu presencia será indispensable.

.....

La noche del sábado la elegante residencia de los Sa-cín se vió animada por una concurrencia distinguida de la cual formaban parte algunas jóvenes bellísimas. Jorge dedicó gran parte de la noche a una rubia encantadora, lo que proporcionó a don Salomón la esperanza de un matrimonio ventajoso para su hijo, pues la muchacha, además de ser bella, era hija de padres acaudalados. Al día siguiente, mientras platicaba con él, le dijo:

—Me agradó mucho verte en compañía de Marta y sobre todo la forma en que ustedes se trataban.

—Ella es muy agradable... tiene una conversación muy amena y es buena bailadora —comentó Jorge. Aprovechando don Salomón para decir:

—¿Qué te parece la idea de una alianza entre ambas familias? Ella reúne todas las condiciones indispensables para ser tu esposa... Es linda, rica, distinguida y en fin, por otras cualidades que posee, me parece la mujer ideal para tí.

—Bueno, no estaría mal... pero antes de pensar en eso, es indispensable que me haga, por mis propios esfuerzos, de una posición económica que me permita atender con holgura y dignidad las necesidades de un hogar. Odio el papel de parásito.....

—Muy bien pensado..... —robusteció don Salomón,— y tras unos segundos de meditación, agregó: —¿Quieres hacerte cargo de la administración de mi negocio de transportation? pues me siendo muy fatigado y no puedo atenderlo..... Te asignaré la suma de cien pesos oro como sueldo y un treinta por ciento de los beneficios anuales.

—Acepto.

Al cabo de tres años de labor inteligente y dinámica el negocio había prosperado en tal forma que los beneficios obtenidos permitieron adquirir nuevos vehículos y retirar a Jorge una apreciable suma en su provecho personal. Ante ese magnífico resultado, el Licenciado, acercándose a don Salomón, le preguntó:

—¿Qué tal le han ido mis consejos?

—¡Muy bien!.... El muchacho se ha dado un hombre cien por cien..... Lo único que no he podido conseguir es arrancarlo de los brazos de Silvia, apesar de que le mantengo en contacto con las muchachas más lindas de esta región, siguiendo las indicaciones de Ud..... Todo ha sido inútil..... Esa mujer le tiene hechizado.....

—No se desespere, pues, cuando Ud. menos lo espere, aparecerá la luminaria que necesita para eclipsar a Silvia.... Mientras tanto déjelo tranquilo.

—Sí, yo no pienso tocarle ese punto, pues resultaría contraproducente. El no puede negar que es hijo mío.....

El Licenciado sonrió al escuchar la verdad que el propio don Salomón había dicho con respecto a su carácter. Luego se despidieron.

.....

La predicción hecha por el compadre de don Salomón se cumplió algunos días más tarde con la llegada a La Vega de la señorita Raquel Menjel, considerada en esa época como la joven más bella de San Francisco de Macoris. Sus ojos eran negros y hermosísimos. Tenía la cabellera también negra y ensortijada. La boca pequeña y de labios sensuales. Nariz proporcionada; brazos y piernas bien modelados, el color moreno, las manos sedosas y esculturales y, entre sus caderas, de una amplitud moderada y su cintura existía una maravillosa simetría. En su forma de hablar y de caminar había tanto donaire que se granjeaba la admiración de las personas que la trataban o veían.

Don Salomón se entusiasmó tanto al conocerla que resolvió dar una recepción en su casa para relacionarla con su familia.

En el baile correspondió a Jorge el honor de figurar en el carnet de tan hermosa joven como la pareja preferida.

Al día siguiente, Silvia le recibió con estas palabras:

—Me siento intranquila.

—¿Qué te sucede?

—Pasé mala noche.... ¡Sufrí tanto!

—¿Por qué?

—¡Hum!. cada vez que te figuraba del brazo de las muchachas que estaban en la fiesta, me volvía casi loca.

—Ja, ja, jaaa.... ¡Cómo si yo valiera la pena!.....

—Bueno.... Para mí eres una fuente de felicidad y de amor.... Y para ellas, un cofre gigantesco lleno de oro.

—Pero yo no soy rico.

—Tú no, pero Don Salomón sí —replicó Silvia, y reclinando la cabeza sobre el pecho del amante, con ironía agregó: Además, supe que él se mostró muy servicial con una joven recién llegada a esta ciudad.

—¿Quién te dijo eso?

Silvia, sin hacer caso de la pregunta, prosiguió:

—Según me han dicho es muy graciosa y tú fuiste la pareja preferida. . . . Cuidadito amigo, no vayas a morder el anzuelo.

—No seas tonta, esa joven será bellísima y todo lo que quieras, pero no me interesa. Te lo digo sinceramente. Por otra parte, hace varios años que sólo vivo para tí, sin que hasta hoy me hayas dado motivos para arrepentirme. ¿No estás conforme con las muchas pruebas que te he dado de mi sinceridad?

—Sí, pero sospecho que tu padre pretende que ella me desplace de tu corazón y, como los hombres son tan desvanecidos, temo que logre sus propósitos.

—Despreocúpate. . . No lo conseguirá. . . Esa es una cuestión ya vieja. . . . Y te repito que ella no me atrae.

—¡Hum!. . . Ojalá que esa fatal no resulte una sombra entre nosotros.

—Bueno, cambiemos de tema. —rezongó Jorge y ella le obedeció.

En ese preciso instante, en la casa de las Menjel, sostenían la siguiente conversación:

—Qué espléndido resultó el baile —dijo Doña Pura, fijando la mirada en su hija. ¡Cuántas muchachas lindas. . . ! ¡Oh! qué orgullosa me sentí al verte brillar entre ellas como estrella de primera magnitud. Eras la más hermosa de todas. . . ¡Estabas preciosísima, irresistible!. . . . Los jóvenes te miraban con ojos de codicia y las mujeres de envidia. Jorge no se apartó ni un solo instante de tí. . . . Le fascinaste. . . . Y no es mal partido, pues además de ser simpático y bien parecido, tiene mucha plata.

—Es inútil. No sigas, mamá.

Doña Pura le miró fijamente y ya estaba a punto de revelar sus intenciones en relación con Jorge cuando, reaccionando, prefirió callar. Pero desde ese momento puso en juego toda su astucia de mujer para acercarla a él. Y, unos días después, saltaba de alegría al recibir una invitación de parte de don Salomón para una jira, en el curso de la cual

la siguiente ocurrencia coadyuvó a la cristalización de sus deseos:

Jorge compró a un campesino un hermoso ruiseñor para regalárselo a una de sus compañeras de excursión, la cual, al ofrecérselo tuvo la descortesía de no aceptarlo, acción que provocó un desagradable cuchicheo y la indignación de Raquel, quien, dirigiéndose a Jorge, dijo:—El obsequio de ese ruiseñor sería para mí motivo de alegría y de profunda gratitud... Si Ud. fuera tan amable.— Sin dejarla terminar, el joven, se apresuró a poner en sus preciosas manos la rústica jaula diciéndole: —Señorita, qué gentil es Ud..... De haberme enterado a tiempo de sus deseos, no hubiera sufrido la vergüenza de un desaire. Recíbalo como una prueba de admiración y de sincera amistad de mi parte.

—Muchas gracias, Jorge.

.....

Como nunca falta una soplona, Silvia se enteró de la escena suscitada por la damita que rechazó el ruiseñor y al llegar Jorge a su lado, le preguntó: Señor, ¿qué te pasó en la jira?

—Nada.... ¿Por qué me lo preguntas?

—¡Caramba!... Qué olvidadizo estás... Si me cuentan que Raquel rompió lanzas por tí.

—¡Ah!..... Te refieres al mal rato que me hizo pasar Georgina?

—Sí... y bien ganado lo tuviste.

—¿Por qué?

—Porque ella tiene su novio y no es una casquivana como esa Raquel.

—¡Ahí ibas a parar!....

—Es que no puedo pasar a esa mujer.

—¡Por Dios, Silvia!... ¿No te he dicho que esa mujer no cuenta para mí... Déjame tranquilo, o me marchó.

—¡Oh!, no es para tanto.... amorcito —susurró melosamente Silvia, echando los brazos al cuello de su amante.

Pero no obstante el empeño que puso para animarlo, él se mostró frío.

.....

El 25 de diciembre de 1928, en una elegante mansión de La Vega, se daba un baile. Dos orquestas se turnaban, resultando delirante el entusiasmo entre las parejas que, en alas del ensueño, seguían los ritmos del vals, la danza, el bolero y del fogoso merengue.

Raquel lucía esplendorosa en su deslumbrante belleza y los jóvenes se disputaban el honor de bailar con ella. En un intermedio de la música, salió a respirar un poco de aire puro al jardín, y fascinada por la fragancia y hermosura de las rosas que lo poblaban exclamó: ¡Qué precioso panorama!..... Son las flores más lindas que he visto en toda mi vida.

—Y, Ud., señorita, es la más encantadora de todas.

—¡Oh!... ¿es usted? ¡Jorge!... Perdone, no lo había visto.....

—Gracias a esa distracción tuve tiempo de poder contemplarla a mi gusto y, comparándola con esas maravillas del pensil, he llegado a la conclusión de que no tiene nada que envidiarles.

—Es Ud. muy galante, mas, tenga cuidado con una decepción.

Jorge guardó silencio: en ese momento llegó hasta ellos las melodiosas notas de una danza y Raquel, comprendiendo que había sido brusca, se apresuró a decir: Qué linda música.... Me agradaría bailar.... ¿Quiere Ud?

—Encantado, señorita.... Vamos.

.....

Al terminar el "set" la pareja regresó al lado de doña Pura, enfrascándose en una conversación muy interesante y animada. Al verlos, Ruth, dirigiéndose a su madre, le dijo: —¡Mira, mamá, qué bueno! ¡Parece que Raquel y mi hermanito se están encariñando!

—Ojalá que se quisieran, pues así, Salomón se tranquilizaría —respondió la bondadosa señora. Aquella misma noche, ya de regreso en su hogar, doña Pura, comentó: —Hija, las cosas están en punto de caramelo... Jorge será pronto mi yerno.... Te aconsejo que no desperdicies esta oportunidad.... ¡Serás rica poderosa!.....

—Bueno, mamá, hasta ahora, no tengo inclinación hacia él... y sin amor no me interesa el matrimonio.

—Estás soñando, hija, el amor es cosa secundaria.....

—Dejemos eso al tiempo.

—¡Imposible!, tú tienes que dar un corte definitivo a esta situación, pues, como tú bien sabes, apesar de que no tenemos que pagar alquiler de casa, la pequeña entrada con que contamos, apenas nos permite cubrir nuestras necesidades más apremiantes. Y quiera Dios que no se nos presente uno de esos casos fortuitos que ocasionan fuertes erogaciones de dinero.

—Bueno, Ud. tiene razón, pero de todos modos debo esperar a que él me haga el amor, pues es impropio que yo me adelante —cantestó Raquel, para darle un corte a la conversación.

—Menos mal, ahora si has pensado bien. —Exclamó Doña Pura. Y, como si el hado favoreciese sus planes, en esos momentos, un terrateniente de Buenavista, pintoresco paraie bañado por las aguas del Yaque, dirigía a todos los miembros de la colonia Sirio-Libanesa una invitación para que fueran a pasar un fin de semana en su finca.

El punto de reunión fué el parque "Duarte", frente al cual, desde las cinco a.m. se estacionaron tres guaguas, las cuales se llenaron en seguida. Quedando varios invitados sin medios de transportación. Entre éstos se encontraban Raquel y doña Pura, y cuando comenzaban a sentirse cansadas por la larga espera, llegó don Salomón con sus tres hijos y, al verlas, se apresuró a brindarles asiento en su lujoso automóvil, ofrecimiento que doña Pura aceptó complacida pues le proporcionaba la oportunidad de estrechar entre ellos los vínculos de amistad.

A la entrada de la finca los excursionistas fueron recibidos con música y salva de cohetes por un grupo de jó-



venes, luego los llevaron a una amplia y pintoresca enramada, en la cual se les sirvió un succulento desayuno y un rico coctel de vermouthe; después se pusieron a bailar y como a eso de las once a.m. fueron a bañarse a un río cercano.

En el sitio elegido, encontraron dos tiendas de campaña a manera de casetas. Cuando Raquel, luciendo un lujoso traje de baño rojo se acercó a Jorge, éste, fascinado por la singular belleza de su cuerpo, exclamó:

—Raquel, nunca había visto un cuerpo de mujer tan fragante y perfecto. Ud. es una magnífica escultura.

—Qué generoso es Ud.

—Soy sencillamente sincero.

Raquel sonrió y deteniéndose a la orilla del río, le preguntó:

—¿Sabe usted nadar?

—Según dicen soy un fenómeno —respondió Jorge en tono guasón.

—Entonces, sígame —gritó la joven lanzándose al río y, nadando con asombrosa rapidez, enfiló hacia la margen opuesta.

—¡Diablos!, si es un pez —exclamó admirado Jorge, —quien, tirándose al agua, en un vano esfuerzo por superarla, desplegó toda su habilidad de buen nadador, pues ella arribó a tierra con mucha antelación que él. Cuando se reunieron, con aire de satisfacción, ella le dijo: —Qué buen chasco se llevó Ud., amigo— y rompió a reír jubilosamente.

—En verdad, jamás hubiera pensado que Ud. fuera tan experta nadadora y le reto para una nueva prueba. Si acepta, al regreso veremos quién es quién. —Conforme— respondió la joven y tras unos segundos de descanso iniciaron la travesía.

Al comienzo resultó difícil pronosticar cuál resultaría vencedor. De pronto se vió a Raquel tomar la delantera, mientras Jorge, buscando recuperar el espacio perdido, se sumergía para reaparecer delante de ella. Nuevamente se zambulló aumentando la ventaja. Raquel hacía esfuerzos desesperados por recuperar su posición anterior, pero cada

vez que lograba acortar la distancia entre ambos él volvía a su procedimiento y al fin la venció.

Al salir del agua Jorge fué recibido con una salva de aplausos y éste, al acercársele Raquel, arrodillándose a sus pies, le dijo: —Encantadora Atalanta, espero que me devuelvas el escudo.

—Caballero, en buena lid habéis vencido —respondió con encantadora gracia Raquel, ofreciéndole su mano y al besársela, los espectadores prorrumpieron en vítores de frenética alegría.

Al filo de las seis de la tarde, emprendieron el viaje de regreso a La Vega, a la cual llegaron embriagados de felicidad y con una preciosa carga de recuerdos agradables.

.....

Una mañana, mientras Raquel arreglaba un ramillete de rosas, doña Pura, entregándole una tarjeta, le dijo: —¡Mira!, los Sacín nos anuncian una visita para esta noche.... —¡Oh!, qué orgullosa estoy!.... Cuán honrada me siento.... qué generoso es don Salomón.... ¡Recordarse de mí!

—¡Mamá, por Dios!, no descieras tanto.... Los Sacín no son superiores a nosotras —exclamó Raquel enojada.

¡Ay!, hijita, tú vives en la luna.... ¿Quiénes somos nosotras al lado de una familia tan rica?.... ¡Nada!....

—No envidio sus riquezas —replicó Raquel— pues las Sacín ante mí siempre se han eclipsado. ¡Tú misma, en el baile del Club, te distes cuenta de eso y por cierto que te envaneció mi triunfo!.... Además, aún tenemos una pequeña renta, vivimos en una casa propia y con el confort necesario.

—Sí, pero la pequeña entrada que tenemos apenas nos permite cubrir los gastos más indispensables y las deudas me abruman. ¡Ay, Dios mío, qué porvenir tan obscuro!....

—No tomes tan en serio la situación, mamá, ya encontraremos el medio de mejorarla.

—¡Que ya hallaremos el medio de mejorarla!.... ¡Cómo sino lo tuvieras en tus manos!.....

—¿En mis manos?... ¡No te comprendo!.....

—Hija mía. ¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta de que el acercamiento entre los Sacin y nosotras es el resultado de una maniobra muy hábil de don Salomón, quien pretende tu mano para su hijo?....

—¡Anjá!....

—Sí, muchacha, esta es tu oportunidad y debes aprovecharla.

—¿En qué forma?....

—Casándote con Jorge.

¡Por Dios!, mamá, ¿cómo quieres que me una a un hombre a quien no amo?... ¿Que no es el predestinado para mi felicidad?

—Pero hija, comprendes, esa boda es una necesidad para tí... Recuerdas que yo sufro del corazón y que a cada paso me siento mal... mi mayor deseo es dejarte bajo la protección de un buen esposo y nadando en la abundancia, y, para lograrlo, bastaría con que siguieras mis consejos.

—Eso sería vender mi alma y mi cuerpo al mejor postor... y un eterno martirio para mi corazón...

—Así le respondí a mi pobre madre cuando ella angustiada por la idea de que yo pudiera quedar desamparada en el mundo, me suplicó que me casara con un hombre bueno y de posición económica excelente, que daba la vida por mí.... Y jamás dejaré de lamentar mi desobediencia.... Pues he sufrido mucho.... ¡Ay! ¡es un castigo de Dios!....

Doña Pura rompió a llorar desconsolada, luego fingió sentirse enferma y fué tan alarmante la expresión de su rostro, que Raquel asustada, le tomó las manos y con voz angustiada, le preguntó:

—¡Mamá!, ¡mamá!, ¿te has puesto mala .....

—Sí, pero ya me siento mejor... Tráeme un poco del cordial.

Raquel se apresuró a servirle una pequeña dosis del remedio, y doña Pura, después de bebérselo, simuló la reacción, luego, con voz aflijida, dijo: —Hija mía, si no quieres ser la causa de mi muerte prematura. Ayúdame a salir del infierno de preocupaciones en que agonizo debido a los problemas económicos y a tu incomprensión.

Raquel, llena de remordimientos, la estrechó entre sus brazos, y le dijo: —Madrecita, yo siempre he sido buena contigo, pero me pides un sacrificio tan grande... algo tan imposible de realizar, que mi corazón y todo mi ser se resiste.....

—Hija mía, a tu edad resulta difícil comprender la vida y mucho más si la pasión pone una venda sobre los ojos del alma y obscurece el entendimiento... Sí, hija mía, cuando un ser está bajo el fatal influjo de la pasión, por más dócil y razonable que haya sido, se torna desobediente y estulto, y, si una mano amiga no le detiene, irremisiblemente cae al abismo... Y si te viera descender me moriría de pena.... Por Dios, Raquel, sé razonable.

—Está bien, lo primero es tu salud.... tu vida... Ordena y obedeceré....

—Gracias, Dios mío, —exclamó Doña Pura, fijando la mirada en un crucifijo que pendía de la pared. Luego, besando a Raquel, le dijo:

—Hija de mi alma, mi corazón rebosa de alegría. Dios te bendiga.

.....

Segundos más tarde se habían puesto de acuerdo en lo relativo al espléndido recibimiento que dispensarían en su visita a la familia Sacín. El día de la visita, las Menjel pusieron sus mejores trajes y, desde el instante de la llegada de los Sacín hasta el momento de la despedida, los colmaron de atenciones, llevándose éstos las más gratas impresiones.

.....

Un día la señora Menjel, para fechar una carta, consultó un almanaque y al fijarse en la fecha, comentó:

—¡Qué barbaridad, ya estamos a un sólo día del mes de marzo! ¡Cómo pasa el tiempo!

—El día 20 es mi cumpleaños, —dijo Raquel.

—¡Verdaderamente! —robusteció Doña Pura— y enseguida agregó: Es una magnífica oportunidad para dar un baile.

—Ud. está soñando, mamá. Nosótras no estamos en condiciones de hacer un gasto de esa magnitud.

—Sin embargo, estamos obligadas a ello, pues debemos corresponder en esa forma a las invitaciones que constantemente recibimos de nuestras amistades y en particular de la familia Sacín.

—Está bien, mamá, daremos la fiesta.

—Entonces, esta tarde iremos a visitarla. Ponte bien linda.

—Sí, mamá, me pondré encantadora.

A las cinco y media p.m., las Menjel llegaban a la casa de los Sacín.

En ese instante don Salomón y su esposa conversaban en la sala y Jorge y sus hermanas se recreaban en el jardín. Al verlas llegar, el primero exclamó:

—¡Oh!, qué sorpresa tan grata. ¿Cómo están Uds.?

—Muy bien, don Salomón, gracias —respondió Doña Pura mientras le estrechaba la mano.

—Siéntense.

Después que se acomodaron, Doña Pura preguntó:

—Y las muchachas, ¿cómo están?

—Muy bien.

—¿Y Jorge?

—Casualmente, en este instante está en el cenador jugando ajedrez, —respondió don Salomón—, luego las invitó a pasar al jardín, invitación que Doña Pura se apresuró a aceptar por las razones expuestas anteriormente.

Los hermanos Sacín tenían una botella de wiskey a la mano y cada vez que hacían una buena jugada la celebraban con un brindis.

Al ver llegar a las Menjel se apresuraron a recibirlas. Luego pidieron más copas y las alzaron en honor de las visitantes, quienes se apresuraron a dar las gracias por tan gentil atención. Escanciada la bebida, doña Pura y los esposos Sacín se dirigieron a un emparrado que había a pocos pasos de allí, en el cual se pusieron a conversar.

Segundos más tarde, mientras Jorge servía por quinta vez, mirando a Raquel, le preguntó:

—¿Le gusta el ajedrez?

—¡Oh!, sí, me encanta... pero no soy muy buena jugadora.....

—Hum, cuidado si Ud. resulta una segunda Yolanda... ¿Recuerdas, Ruth?

—Sí..., de no haber sido por las flechas que Cupido clavó en el corazón de tan experta ajedrecista, Fernando hubiera perdido la partida y con ella la vida.

—¡Ah!... ¿Una partida de ajedrez en el desierto?... —exclamó Raquel.

—Exacto... ¿la leyó Ud.?...

—Y me gustó tanto que me aprendí de memoria casi todo el diálogo. Ud. podría jugar conmigo en la seguridad de que no correría el menor riesgo... ¡Soy tan fatal en el juego!

—Lo haría sin pensar, aún cuando en la partida me jugara la vida... ¡Qué mayor alegría y gloria para un caballero que morir a manos de una belleza! —replicó Jorge.

—Mayor sería la mía al perder en manos de tan gallardo caballero.

Jorge halagado por la respuesta recibida y estimulado por el whiskey, poniéndose en pie, hizo una reverencia a la joven, luego, recordando a Fernando, repitió sus palabras: “Un instante en tus brazos tan solo pido a Dios.... Y que venga la muerte”.

Raquel, que aún aún recordaba la respuesta de Yolanda, repitió: ¿Por qué hablar de la muerte? como si te dolieras ahora de tu suerte”.

—“Qué dulce es tu sonrisa” —musitó Jorge.

—“¿Por qué, Fernando, me miras tristemente?”

—“Es que estaba formando castillos de imposibles, que tú por tierra tiras, soñé un sueño de oro: Ay”....

—“¿Por qué suspiras?”

—“Suspiro por mis sueños y mis tierras lejanas”.

—“Y quizás por los ojos de hermosas castellanas. Ahora eres tú quien pierdes” —replicó la joven.

Jorge, mirándola a los ojos, recitó:

—“Me avisas con premura... como si tu victoria te causara amargura”.... “No sabes cuántas cosas me juego

en la partida... ¿Ignoras que si pierdo, he perdido la vida? . . . . “¿No sabes que eres bella como no lo imaginas”? . . . . “Que amo tus aureas trenzas y tu frente de luna” . . . . “Que sólo tengo mía la sangre de mis venas y que si no me amas me acabarían las penas?”

Raquel, incitada también por la bebida y sin pensar hasta dónde podría llevarlos aquel juego de palabras, repitió las siguientes frases de Yolanda: “¿Y tú, ciego, no miras que por gozar me afano las embriagueces de este deliquio sobrehumano?... Escúchame, Fernando: Esta es la vez primera que una voz amorosa mi corazón altera... Cuánto, paje, ha soñado mi corazón”.—De pronto se detuvo y Jorge, impulsado por un prurito de vanidad, mirando fijamente a la joven, le preguntó:

—En iguales circunstancias, ¿sería Ud. tan generosa como Yolanda lo fué con Fernando?

Raquel sonriendo, respondió: Natural.

—Entonces, jugaremos una partida —exclamó Jorge, en cuyo semblante irradió la más viva satisfacción.

Al darse cuenta de que había procedido con ligereza y de que su respuesta la comprometía, Raquel, prontamente, agregó:

—Buen torneo de frases galantes el nuestro... Bien, ahora, a cumplir la misión que nos ha traído... Vinimos a invitarles a un baile que daremos en casa en ocasión de mi natalicio, el día 20 de marzo.

—¡Oh!, asistiremos con mucho gusto —respondieron las señoritas Sacín, dando muestras de gran contento.

—Muy complacido —exclamó Jorge.

—Mira, Raquel, te voy a regalar una filigrana que ví en una joyería... es una pulsera lindísima—, agregó Ruth.

—Y yo te regalaré unos zarcillos preciosos —dijo Scherezada y mirando a Jorge, preguntó:

—Y tú, ¿no piensas hacerle algún presente?

—Si es de su agrado, hoy mismo le entregaré el anillo de esponsales y, el día 20, celebraremos su natalicio y nuestra boda —respondió el joven Sacín, quien estaba ébrio.

—¡Ah!, ¡esas teníamos guardaditas! ¡Eh!... Pues

bien, Uds., harían una pareja ideal... Y tú, Raquel, ¿qué dices a eso?... Te anticipo que nos agrada la idea y que nuestros padres la acogerían con gusto.

—¡Oh! Ruth, has estado muy acertada en tu discurso, y espero oír la voz de Raquel —robusteció Scherezada.

—Y yo también, agregó Jorge ruidosamente, luego, sin esperar la respuesta de la aturdida joven, le preguntó: ¿Jugamos? Y Raquel, maquinalmente respondió:

—Sí.

—De antemano doy por perdida la partida —dijo Jorge, mientras distribuían las piezas.

Raquel, que se encontraba confundida en un maremagnum de dolorosos recuerdos y sentimientos antagónicos, torpemente respondió:

—No diga Ud. eso, pues si juego es para perder, soy tan...—Antes de que pudiera terminar la frase, Ruth la interrumpió para preguntar:

—¿Como Yolanda?...

—Sí, como Yolanda— repitió irreflexivamente la interpelada y la señorita Sacín, regocijada exclamó:

—¡Magnífico, magnífico!... —y haciendo señas a sus padres, en voz alta les dijo: Vengan corriendo... Tenemos que celebrar un gran acontecimiento.

—¿De qué se trata?, —preguntó don Salomón al unirse al grupo.

—Es una sorpresa muy grata —dijo Ruth, palmoteando de pura alegría,— Raquel y Jorge se quieren casar el día 20 de marzo.

—¡Estupendo!— exclamó entusiasmado el señor Sacín y dirigiéndose a doña Pura, le dijo:

—Ud. tiene la palabra.

—¡Oh!, para mí será una dicha inmensa! —respondió precipitadamente doña Pura, como si temiera que escapara de sus manos la fortuna que los Sacín le ofrecían.

—Entonces, de acuerdo, se casarán el día 20.

—Pero ese día no podrá ser —objetó doña Pura.

—¿Por qué? —preguntó lleno de extrañeza don Salomón.



—Bueno, Ud. comprenderá... en tan poco tiempo no me será posible prepararla.

—Mi querida señora, para mí no hay problema sin solución.... Yo me encargaré de todo... Y le suplico encarecidamente, como un favor especial, dejar por mi cuenta este asunto... Pues ya desespero porque llegue ese venturoso día y me mataría la impaciencia si tuviera que esperar más tiempo.

—Acceda, Pura —suplicó doña Sarah.

—Bueno, ya que Uds. se empeñan, no me queda otro camino.... Puede usted hacer como guste.

—¡Gracias!, señora... No sabe Ud. la satisfacción que me proporciona —exclamó el señor Sacín. Luego, estrechando entre sus brazos a Raquel, le dijo: Hija mía, seré un verdadero padre para tí.

—¡Dios mío! —pensó ella— Qué lejos nos ha llevado una broma... Ahora no sé qué hacer... Si rechazo a Jorge, ofenderé a esta buena familia que en forma tan generosa y cordial me ofrece su apellido. Y si acepto, encadenaré mi destino al de un hombre a quien no AMO... Y esto sería fatal para ambos... Es preferible perder su amistad— concluyó Raquel— y ya iba a expresar su determinación cuando doña Pura intervino para decir: —Raquel está tan emocionada, que no puede exteriorizar sus sentimientos... Pero ella es la que más anhela este feliz enlace. ¿Verdad, hija? Al leer en los ojos de su madre una angustiada súplica, pensó: “No me queda otro camino... Si no cargo con la cruz, ella se morirá de pena”... Tomada esta heroica determinación, miró a los Sacín y, sonriendo ligeramente, confirmó: En verdad me siento abrumada; me parece un sueño... Y es tan noble el ofrecimiento que Uds. me hacen... No sé qué decir... Bueno, les estoy profundamente agradecida... ¡Gracias!... ¡Gracias!...!

—¡Hijo mío, te felicito! —dijo con Salomón abrazando a Jorge.

—¡Gracias!... ¡Muchas gracias!... señor Sacín —exclamó doña Pura casi loca de alegría... ¡será una pareja encantadora!...!

En ese preciso instante Jorge había ingerido la bebi-

da que quedaba en la botella y, riendo ruidosamente, repitió la última frase de doña Pura; luego, alzando la copa, pidió más whiskey, al punto, don Salomón, temiendo que hiciera otra escena ridícula, le invitó a que fuera con él a buscar una botella. Ya en el comedor, ordenó a una doméstica que les sirviera leche fría y ensalada cargada de cebolla. Después que acabaron de comer Jorge se sintió mejor, regresando al cenador con el whiskey; formulándose nuevos brindis en honor de los novios.

A eso de las ocho p.m. las Menjel se despidieron.

Durante toda la velada Jorge y Raquel no cambiaron una sola palabra amorosa, atribuyéndolo, los padres de ambos, al aturdimiento del joven, quien no había cesado de tomar.

En la mañana siguiente, don Salomón entregó a su hijo una carta para el almacén de muebles "La Casa de los Pobres", que en esa época era la mejor mueblería de la Capital, y al hacerlo, le dijo:

—Como habíamos convenido, irás a residenciar nuestra Agencia de la Capital. Esta carta es para el señor Puesán. En ella le pido que me envíe inmediatamente un juego completo de muebles para Uds.

Jorge, que aún tenía los sentidos embotados y que no recordaba nada de lo ocurrido el día anterior, al oír a su padre, asombrado exclamó:

—¿Cómo ha dicho Ud.?

—Que deseo amueblar de un modo regio la habitación que Raquel y tú ocuparán.

—Pero, no le entiendo. ¿Cuándo he pensado y hablado de casamiento?

—Ayer, por tu propia cuenta lo resolviste y de acuerdo con Raquel y doña Pura, tu madre y yo acordamos celebrar la boda el día 20 del mes en curso. Mira la crónica de tus esponsales.

Jorge tomó nerviosamente el periódico que le presentó su padre y se quedó boquiabierto al leer una nota sobre sus próximas nupcias, luego, pensó revelarle la verdad, pero le faltó decisión para hacerlo y tomando la carta se di-

rigió en busca de su madre con quien estuvo conversando por largo rato sobre el particular.

.....

Algunos minutos más tarde, mientras hojeaba el principal periódico de la ciudad, Silvia se sorprendió al leer en la sección de Sociales y Personales, el anuncio de la próxima boda de Jorge y Raquel y presa de terrible aflicción rompió a llorar, luego, reaccionando en forma violenta, tiró el diario y vistiéndose elegantemente salió en dirección a la casa de los Sacín.

En ese momento, como si el destino se empeñara en preparar convenientemente el proscenio para una nueva escena de esta borrascosa y apasionante historia, toda la familia Sacín se hallaba en su lujosa residencia. Don Salomón y su señora conversaban animadamente con sus hijas en la sala. En la habitación contigua, destinada a la biblioteca, Jorge leía "El Diario"... En medio de la puerta que había entre la sala y la biblioteca dormitaba un hermoso ejemplar de perro boxer. La felicidad reinaba en aquel hogar. Todo era plácido y alegre. El perro roncaba. De pronto, sonó el timbre y al punto se presentó una sirvienta para anunciar a una joven que decía llamarse Esther. Don Salomón, sin moverse de su asiento, le ordenó que la llevara a su presencia. Instrucciones que la doméstica se apresuró a cumplir.

—¡Pero!... ¿No es usted Silvia?... ¡La sombra negra de mi hijo! —rugió don Salomón— y Jorge, al oír el nombre de su amante, dejando el libro, se situó detrás de la puerta.

—Si... Yo soy Silvia... La Predestinada para su dicha... La única mujer en quien él encontrará siempre la más cabal felicidad, pues mi mayor satisfacción es proporcionarle el placer de una vida pletórica de amor sincero, de paz y de gozos espirituales.

—¿Y, cómo se ha atrevido a pisar las puertas de esta casa?

—Señor, me ha traído la desesperación y el deseo de salvar a Jorge.

—¡Oh! esta mujer desvaría... ¿Librarlo de qué?

—Señor, el matrimonio entre Jorge y la señorita Menjel resultaría fatal para él.

—¡Qué disparate!... ¡Qué estupidez!... —exclamó don Salomón— asombrado de la osadía de Silvia, pero ella, sin inmutarse, continuó:

—Déjelo en mis brazos para su felicidad, pues yo le quiero con el más puro y leal de los afectos, y en cambio, la señorita Menjel y su madre, lo que ambicionan es vuestra fortuna... ¿Cómo es posible que Ud. no se haya dado cuenta de eso?

El señor Sacín se levantó del asiento y señalando con el índice la puerta de la calle, rugió: ¡Fuera!... ¡Fuera!...

A sus gritos despertó el boxer y al ver a Silvia, que parecía petrificada en medio de la sala, gruñó.

—Salga pronto, o le echaré el perro! —gritó de nuevo don Salomón, exasperado por la impavidez de la joven, la cual, decidida a todo, le replicó:

—No me iré sin antes haberle dicho todo lo que me interesa con respecto al porvenir de Jorge.

—¡Príncipe!... —gritó don Salomón señalando a Silvia. El can enseñó los dientes y ya iba a lanzarse sobre ella, cuando Jorge, interponiéndose entre ambos, gritó:

—¡No!, ¡quieto, quieto, Príncipe!

El animal se contuvo y Jorge, sujetándolo por el collar, indignado dijo:

—¿Cómo es posible tanta crueldad!... Gracias a Dios me encontraba a un paso de esta fiera... Vamos, Príncipe, ¡fuera!....

El perro, con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas, lentamente se encaminó al jardín.

El señor Sacín, reaccionando, vió con pesar la escena que había provocado por dejarse arrastrar de la ira y, avergonzado, siguió tras el animal. Entonces, doña Sarah, haciéndose cargo de la situación, con su acostumbrada dulzura, dijo a Silvia.

—Hija mía, lamento lo ocurrido... Perdónalo. ¡Está tan nervioso en estos días!

—Gracias, mamá. —respondió Jorge,— y tomando del

brazo a Silvia agregó: Vamos, y, ya en la calle, le reconvi-  
no: Hiciste mal.

—Es que al leer la crónica de tus esponsales, perdí la razón... Te quiero más de lo que imaginaba... No sé que será de mí si llegas a casarte con ella.

—No te apures, ese matrimonio no durará mucho tiempo.

—No me explico por qué lo consideras inevitable, pues tú no le debes nada a esa mujer.

—Silvia, no olvides que papá es inexorable en sus determinaciones y que ha dado su palabra de honor a la Vda. Menjel... De negarme se abriría entre nosotros un abismo.... Comenzaría una lucha violenta, que malograría mi porvenir... pues como te he dicho en varias ocasiones, en forma hábil y discreta, vengo preparando el terreno para conseguir que él me traspase el negocio con todo el equipo.

—¡Ay!, te quiero tanto, que no puedo acostumbrarme a esa idea...

—Desecha tus temores, pues ese vínculo durará muy pocos días... Ella no tendrá tiempo para influir en mi vida.

—¡Ay!... —suspiró Silvia, rodando por sus mejillas dos lágrimas—, y Jorge, conmovido, le oprimió suavemente la mano. Al llegar a su casa, la joven le dijo:

—Quédate todo el día, pues necesito tenerte muy cerca; sentir hasta la embriaguez tu calor, para librarme de la ansiedad que me mata.

—Está bien, pero antes debo ir a casa por mi equipaje, pues estoy comprometido con papá a salir esta tarde para la capital. Así creará que he anticipado la partida.

.....

En la mañana siguiente, al despedirse de Silvia, Jorge le dijo:

—Amor mío, necesito dos cosas de tí.

—La vida que me pidieras tuya sería....

—Pues bien, prométeme que en mi ausencia obrarás con cordura.

—Te lo juro... Desde hoy, jamás haré nada que pueda desagradarte.

—Gracias, pues me es imprescindible contar con tu decidido e inteligente concurso para lograr mi propósito, sin necesidad de tener que romper las relaciones amistosas y comerciales que mantengo con papá.

—Te lo prometo.

—Bien, me voy tranquilo... Pasaré varios días en la capital, donde me espera un trabajo duro, pues los asuntos en nuestra Agencia, andan mal. Pórtate bien. Adiós.

—¡Adiós, mi vida!....

.....

Silvia había sido sincera en su promesa a Jorge, pero una amiga, a quien ella tenía por confidente, fué a visitarla y al enterarse de la situación que confrontaba, le aconsejó de un modo insistente, que hiciera algo para impedir la boda, dejándole, al despedirse, la dirección de una bruja que ella, en idénticas circunstancias, había utilizado con excelentes resultados.

Silvia se quedó preocupada. Desde ese momento una voz interior, haciéndose eco de las palabras de la amiga, incesantemente repetía a sus oídos: "No seas tonta. Lo que tú tienes que evitar es que una mujer se burle de tí. Válete de cualquier medio".

Al cabo de dos días de desesperada lucha con su conciencia, terminó por decir: —Sí... Si... la vecina tiene razón, hoy mismo iré a ver a esa mujer.— Y de esta suerte, abandonando la táctica que tan buenos resultados le había dado, se lanzó a un torbellino de turbulentas pasiones. Aquel mismo día, como a eso de las cuatro de la tarde, tras una fastidiosa antesala, fué llevada a presencia de la bruja a quien ella, aconsejada por la insensatez, iba a consultar.

La escena que se desarrollaba en aquel momento era espeluznante. En el piso yacía la grotesca figura de una vieja escuálida vestida de blanco. Al fondo del cuarto se destacaba un altar revestido de negro, lleno de figuras simbólicas. Al pie del mismo, un hombre oscuro, con los pantalones remangados sobre las rodillas; la cabeza cubierta con un turbante negro y el cuello con un pañuelo rojo cu-

yos extremos le caían sobre el pecho, mezclaba varios ingredientes, pronunciando, a medida que realizaba su satánica tarea, palabras cabalísticas.

Silvia experimentó una sensación desagradable ante el repugnante espectáculo que tenía a la vista. Al verla, el hombre, acercándosele, con voz aflautada le preguntó:

—¿Qué tú deseas?

—Evitar que me roben el cariño del hombre a quien amo —respondió algo nerviosa la joven,— y después de convenir y de hacer efectivo el valor de la consulta, fué conducida a la cabecera de la médium. Acto seguido sacó de su cartera una hoja de papel y un lápiz y, a media voz, expuso su caso a la bruja, recibiendo las instrucciones necesarias con respecto a los trabajos que debía hacer para contrariar la boda y retener definitivamente a Jorge, los cuales comenzó en la noche de aquel mismo día.

Extraña coincidencia!... En ese mismo instante, don Salomón leía el siguiente telegrama de Jorge a su mamá: —“Comunicame inmediatamente resultado gestiones que te encargué cerca de papá, pues estoy convencido de que matrimonio me resultará fatal”.— Intrigado por el contenido del mismo, fué en busca de su esposa y después de conversar con ella al respecto, llamó por teléfono a Jorge y le ordenó que regresara en seguida, mandato que éste se apresuró a cumplir.

.....

El día de la boda la residencia de las Menjel rebosaba de alegría. Sólo Raquel no disfrutaba de aquel desbordante entusiasmo. A un minuto y otro tenía que sobreponerse a sus sentimientos para no dejar traslucir su pena.

A medida que se acercaba el solemne instante de las nupcias, crecía su desaliento.

Por su parte, Jorge, tomó a pretexto la mala noche que había pasado para permanecer en su casa el mayor tiempo posible, faltando a las reglas de la etiqueta al brillar por su ausencia en el instante en que, en la casa de las Menjel, los invitados se sentaban a la mesa para tomar el almuerzo.

Don Salomón trató de justificar su censurable proceder, diciendo que había llegado al amanecer de un viaje muy fatigoso y accidentado. Raquel sintió una gran satisfacción al recibir la excusa, pues así no se vería obligada a fingir una alegría que estaba muy lejos de experimentar, y doña Pura, para disimular el mal efecto que había causado en su ánimo la ausencia del novio, robusteció la disculpa con otra muy oportuna. Por fin llegó la hora fijada para la ceremonia matrimonial. El Oficial del Estado Civil fué puntual, treinta minutos habían pasado desde su llegada cuando urgido por otros compromisos, con frases llenas de cortesía, requirió la presencia de los novios. Grande fué el apuro de los padres de éstos y, muy especialmente de doña Pura, quien se sentía herida en su amor propio, por el mal comportamiento de Jorge. Don Salomón, ante el apremiante reclamo que se les hacía, salió precipitadamente en busca de su hijo y, al encontrarlo en pijama, lanzó un grito de angustia. Luego, abriendo el armario, sacó un traje de etiqueta y poniéndolo en manos del joven, con voz alterada por la indignación, le gritó:

—Hombre de Dios, vístete pronto; pues el Oficial del Estado Civil reclama tu presencia y la gente se está quejando de tu indigno proceder... Vamos, rápido....

Jorge obedeció y cuando, visiblemente amargado, llegó a la casa de la novia, su desánimo provocó un extraño cuchicheo de parte de la concurrencia, que causó cierto malestar a doña Pura. Inmediatamente Raquel hizo su aparición en el salón y el Oficial del Estado Civil se apresuró a llenar sus funciones. Luego se dirigieron a la Iglesia Mayor en la cual les aguardaba una multitud de curiosos.

Un sí muy lento y seco salió de la garganta de Jorge cuando el prelado le preguntó si aceptaba por esposa a la señorita Raquel Menjel. No menos desabrido resultó el tono que ella dió a su voz al responder idéntica pregunta.

A Raquel se le oprimía el corazón al verse obligada a seguir a Jorge hasta la alcoba nupcial y cuando se encontró en ella, disgustada, ocupó una butaca y se sumió en triste meditación. El la miró con hiriente indiferencia y,



asomándose en una ventana que daba al jardín, se puso a contemplar el hermoso panorama.

Pasaron algunos minutos sin que ninguno de los dos se decidiera a romper el pesado silencio que reinaba en la cámara. De pronto, Jorge, con las manos entrelazadas a la espalda, y la cabeza gacha, a grandes pasos, comenzó a recorrer la habitación de un extremo a otro. Ella, al verle en esa disposición de ánimo, recordó a la otra mujer y, para facilitarle la oportunidad de poder actuar a su libre albedrío, con pasmosa serenidad comentó:

—¡Conflictiva situación!... ¿Verdad?.....

—Sí —confirmó él sin dejar de andar— Muy difícil para mí; muy desagradable y fastidiosa para Ud. y muy grave para ella. Súbitamente se detuvo y, sentándose en el borde de una cama, hundió el rostro entre las manos y con voz ahogada por la congoja, agregó:

—Sí, trágica para ella, pues juró suicidarse si me casaba con Ud..... Pobre Silvia... ¡He sido un cobarde!

Raquel, sin darse por ofendida, replicó: —No creo inevitable la tragedia.

—¿Qué desea insinuar Ud?... Pues no alcanzo a comprender el sentido de sus palabras.

—Lo que he querido decir es que, con una pequeña dosis de comprensión y de buena voluntad, podríamos llevar la quietud al ánimo de esa muchacha.

—Nada podría consolarla después de esta boda.

—Escuche: como amigos siempre nos hemos entendido y llevado muy bien....

—Es cierto.

—Gracias. Como la urgencia y gravedad del caso —prosiguió Raquel— amerita el uso de un lenguaje escueto será muy concisa y clara en la expresión y le prevengo para evitar su enojo.

—Conforme.

—Entonces, al grano... Se que le preocupa el estado mental y anímico de la mujer a quien ama con toda la fuerza de su corazón y que una mujer desengañada es capaz de llegar al extremo que ella ha pensado, por lo cual Ud.

debería correr a su lado antes de que sea tarde. Váyase pronto.

Jorge se quedó pensativo y ella, impaciente, le urgió:

—Por la Virgen, no pierda tiempo... Mire que podría llegar tarde...

—Antes de irme, dígame sus condiciones.

—Que sigamos como hasta ahora, es decir, como si no existiese entre nosotros la aciaga trabazón matrimonial.

Está bien... ¿Nada más?

—Sí... a su regreso ocupará esa cama... Esta será la mía... Eso es cuanto me faltaba por decirle...

—Acepto... Saldré por esta puerta. Deje sin ajustar el pestillo, de manera que me sea posible entrar sin molestarla —respondió Jorge abandonando la alcoba.

Al verse sola, la desventurada joven, lanzó un profundo suspiro, luego, cogió una lujosa y amplia mampara que había a un extremo de la alcoba y la abrió entre las dos camas. Hecho ésto, sin desvestirse, se reclinó en la que había elegido para ella y se puso a rezar.

Desde aquella ocasión Jorge, como si Raquel no existiera, dedicaba la noche a Silvia, lo cual le proporcionaba un gran alivio a la primera ya que no deseaba ser requerida amorosamente por él.

A medida que los días iban pasando se prolongaban más los amorosos coloquios de los amantes. Entrevistas que Silvia convertía en verdaderas orgías de placer, consecuentes con el plan que había ideado para impedir que él se entregara a Raquel. Un día la aurora sorprendió a Jorge en los brazos de la sagaz muchacha y, saltando del lecho, se vistió apresuradamente. Segundos más tarde, al cruzar la alambrada, lo hizo con tan mala suerte que una lanza le desgarró el tobillo derecho. El dolor que sintió fué tan fuerte que se sentó en el suelo y, quitándose el zapato y la media, se puso a examinar la herida. De pronto, el desagradable chirrido de unos goznes le volvió a la realidad y, cogiendo el zapato, huyó en dirección a su alcoba. Un vecino madrugador y pendenciero, que desde el patio de su casa había presenciado la escena, se apresuró a recoger la ensangrentada calza.

Aquel mismo día, mientras don Salomón se encontraba en su despacho, uno de sus empleados entregándole un paquete, le dijo:

—Un muchacho acaba de darme ésto para Ud.

Al abrir el paquete don Salomón exclamó lleno de asombro:

—¡Pero qué diablos es ésto!... Una media rota y un anónimo. Luego comenzó a leer: “Esta pieza es de su hijo Jorge quien noche tras noche duerme fuera de su casa. Hoy en la madrugada al cruzar la cerca del patio se hirió en un pie, parece que entre él y su esposa existe un abismo. ¡Ud. dirá!

Al terminar la lectura, don Salomón saltó del asiento y fué en busca del mensajero el cual se había ido sin esperar respuesta...

Poco después sometía a Raquel a un largo interrogatorio y al recibir respuestas que no le llevaban al esclarecimiento de la verdad, entregándole el paquín le dijo:

—No está demás que te enteres de ésto.

Raquel leyó el escrito y en la noche se lo entregó a Jorge, quien resolvió visitar a Silvia en la tarde y en las primeras horas de la noche. Este inesperado cambio, causó a Silvia una terrible inquietud, pues supuso que se debía a un entendimiento amoroso entre Jorge y su esposa, y unos días después, torturada por esa idea, le dijo:

—Jorge, desde que te vas a las nueve me siento muy sola... Esto no puede seguir así...

—Pero, mi vida, tu bien sabes que no puedo pasarme de esa hora, pues papá está vigilándome y debemos ser prudentes.

—Mentira... lo que pasa es que ya la quieres y le consagras las mejores horas.

—No, amor mío, eso no es así... La única mujer en mi vida eres tú... Ten fé en mi...

—Júrame que no me engañas.

—Te doy mi palabra de honor —respondió Jorge, y la escena terminó con unos cuantos besos. Pero, unos días más tarde, Silvia volvió a mostrarse huraña y recelosa, pro-

cediendo con tanta violencia que Jorge, enfurecido, le gritó:

—¡Basta ya o me largo!

—Sí, sí, eso es lo que tú deseas... Irte por completo... Pues ya quieres a Raquel... Ella es la única que te interesa...

—¡Oh!, ¡esta mujer está insoportable!...

—¡Esta mujer!... como si yo fuera una insignificante —gimió Silvia— ya me tienes a menos y todo por esa fatal y maldita turca.

—Por Dios... No seas así —dijo Jorge dulcificando la voz— yo te quiero igual que antes, pero tu incomprensión me exacerba... Tengo los nervios de punta...

—No te creo, no te creo... replicó Silvia y, dándole la espalda, caminó hacia otra habitación.

Entonces Jorge, siguiendo tras ella le gritó:

—No quieres entrar en razón porque eres una neurótica perdida, y no estoy dispuesto a vivir con histéricas.

Al oír la amenaza, ella le replicó:

—Si, vete, vete y no vuelvas más...

Jorge, fuera de sí, le dió la espalda y abandonó la casa precipitadamente y, al verlo salir Silvia, desconsolada, rompió a llorar.

Algunos días más tarde, al ver que Jorge no regresaba fué a pedir ayuda a la vieja bruja, la cual, después de oírla, le respondió:

—No se apure, pues le voy a preparar un trabajo para que ese matrimonio se disuelva con la misma rapidez con que se diluye la sal en el agua. El volverá donde Ud.

—Quiera Dios que así sea —pensó Silvia— y mientras ella se entregaba de lleno a la hechicería, en la esperanza de atraer a su amante, éste, irascible y taciturno, con frecuencia y por la causa más baladí, sufría ataques de ira. Doña Sarah, al verlo en ese estado de ánimo, alarmada, le comunicó a don Salomón sus temores y éste, considerando que le hacía falta un cambio de ambiente, resolvió invitario a un viaje de placer por el exterior y, al efecto, le dijo:

—Jorge, estás adelgazando a la carrera... ¿Qué te pasa?...

—Bueno... No sé... Pero estoy excesivamente ner-

vioso y tengo la obsesión de que alguien me persigue...

—Comprendo... Estás agotado debido al exceso de trabajo y necesitas un buen descanso... ¿Te agradaría un viaje al exterior?...

—Me vendría muy bien.

—Pues, de acuerdo... El sábado de la semana que viene todos estaremos viajando con rumbo a Puerto Rico, del cual seguiremos hacia New York.

—Está bien, papá.

.....

Unos días más tarde en un baile que daban en el barco en que navegaban rumbo a New York, Jorge y Raquel bebieron demasiado y el whisky y la voluntuosidad del bolero, despertaron en la joven el ardiente deseo de ser acariciada, bailando con tanto sensualismo que Jorge, por más de una ocasión, estuvo a punto de romper la barrera que los separaba amativamente, impidiéndoselo el temor de ser desairado.

Esa misma noche, mientras Raquel se retocaba en el cuarto de damas pensó:

—Dios mío, el deseo me arrastra hacia Jorge... Tengo que sobreponerme para evitar la claudicación...

Y, con esa intención, volvió al salón de baile, pero al encontrarse de nuevo entre los brazos ardientes del esposo, sintió con mayor intensidad las eróticas sensaciones que la enardecían y para ahogarlas comenzó a beber sin espaciar las copas. Muy pronto dió muestras de embriaguez, apresurándose Jorge a llevarla al camarote, en el cual, con asombrosa familiaridad, ella, empezó a desvestirse, despertando en el joven, el sensualismo, en forma tan violenta, que sin poderse contener, la tomó entre sus brazos y por primera vez la acarició con vehemencia sin que ella hiciera la menor resistencia, pero al día siguiente, lucía apesadumbrada y se proponía evitar nuevas intimidades con él.

.....

Cuando Silvia se enteró de que Jorge en compañía de sus padres iba a emprender un viaje de placer por el exte-

rior, se mostró indiferente, pero algunos días más tarde, arrepentida de su proceder, se valió de un empleado de la casa Sacin para enterarse de la ciudad y hotel donde él se encontraba, y le escribió una carta llena de arrepentimiento y de conmovedora ternura; pero, cuando ésta llegó a su destino, ya los Sacin habían salido para New York, por lo cual le fué devuelta. Disgustada embaló todas sus pertenencias y, sin decirle nada a nadie, se trasladó con ella a la Capital, en la cual fijó su residencia con carácter de permanencia. Una semana después de su llegada abrió un lujoso taller de costura.

Unos días más tarde, don Salomón, que había dejado a uno de sus empleados de más confianza el encargo de tenerlo al tanto de los pasos que Silvia diera en su ausencia, recibió una carta en la cual le informaba de lo ocurrido. Al instante reunió a su familia y les recomendó hacer las maletas para regresar a La Vega, a la cual llegaron unos días más tarde.

.....

Perico se apresuró a informar a Jorge de la misteriosa partida de Silvia, y doña Pura, radiante de alegría, se lo dijo a su hija, quien sufrió una gran contrariedad, pues, desde la noche de la entrega, venía luchando, en forma discreta, para evitar las caricias de su esposo, y al no lograrlo totalmente, había puesto todas sus esperanzas en la reanudación de las relaciones amorosas entre Silvia y Jorge.

En esa situación les sorprendió la llegada del mes de Febrero del 1929, mes consagrado en la República Dominicana, al carnaval.

Dos bandos luchaban con delirante frenesí en los escrutinios para la elección de la reina del Carnaval; triunfando el que sustentaba la candidatura de una joven cibaëña.

Desde esos momentos la sociedad vegana con extraordinario júbilo se dispuso a tomar parte en las fiestas carnavalescas de la capital y no era para menos, ya que la reina tenía numerosos parientes y amigos en esa culta e hidalga ciudad. Contándose, entre los últimos, Jorge y su en-

cantadora esposa; quienes, dos días más tarde, recibieron un título nobiliario que les acreditaba como Marqueses del Valle. (Dignidad conferidales en atención a sus altos merecimientos) y una invitación para el regio baile de coronación el cual se celebraría en los salones del "Club Unión".

Al leerla, Raquel, expresó a Jorge el gran deseo que tenía de tomar parte en dichos festejos, quien le contestó que debido a ciertos problemas que se le habían presentado en el negocio, no podría salir de la ciudad en esos días y que, si ella quería, él le escribiría a su primo Abraham para que le diera alojamiento en su casa.

Asegurándole que gozaría mucho, por ser Abraham y Selme personas muy entusiastas y sociables. Ofrecimiento que Raquel, tras un instante de simulada vacilación, aceptó.

Aquella misma semana la embajada de La Vega, de la cual formaba parte Raquel, partió con rumbo a la capital, en la cual fué objeto de un fastuoso recibimiento.

En la noche del día siguiente fué coronada la reina y con tan feliz motivo se celebró un rumboso baile en el "Club Unión", en el transcurso del cual Abraham y Selme invitaron a las compañeras de embajada de Raquel a almorzar con ellos. A la mañana siguiente la casa de los anfitriones rebosaba alegría por la presencia de tan encantadoras jovencitas. Después de un instante de grata charla sobre distintos tópicos, Raquel se sentó al piano para amenizar el momento con un poco de música. Surgiendo de éste las preciosas notas del vals "Voces de Primavera", de Straus.

En ese momento pisaba el vestíbulo de la casa un joven muy gallardo quien admirado de la perfección con que interpretaban el vals, deteniéndose comentó:

—Es asombrosa la destreza con que Selme está tocando... Nunca lo había hecho tan bien. —Luego, al escuchar los aplausos y los elogiosos comentarios que hacía el auditorio, lleno de extrañeza, pensó:

—¡Qué raro!... Ella no me dijo nada... Bueno, como estuve fuera de la ciudad dos días, es posible que este acto haya sido imprevisto y me alegro de haber llegado en momento oportuno.

Hecha esta reflexión se disponía a reanudar la marcha

cuando le dejaron en suspenso las delicadas notas de la danza "Ramonita", del fenecido compositor Geraldo Mena, exclamando:

— ¡Oh!, la persona que interpreta es un maestro... Me acercaré con sigilo, paso a paso.

En esta forma, el simpático personaje, llegó hasta el umbral de una de las puertas del salón y, como el auditorio estaba sentado de espaldas a la galería, le fué posible permanecer allí sin ser visto.

Al terminar la danza, el desconocido, arrebatado por viva emoción comenzó a palmotear y a gritar: ¡Bravo! ¡bravo!... ¡bravo!... ¡Qué estupenda!... ¡Qué magistral ejecución.!

Todas las miradas convergieron sobre la elegante figura del apasionado joven, quién, al notar que su vehemencia había provocado asombro, se puso nervioso. Sus ojos fueron de un semblante a otro y en todos vió retratada la sorpresa que había causado con su inesperada salida. Entonces, se creyó en la obligación de dar una satisfacción, y, al efecto, inclinándose ligeramente suplicó:

—Por favor, perdonen mi impetuosidad... La música que surgía del piano era tan sublime, que a medida que avanzaba la interpretación de la pieza, mi espíritu se fué exaltando y, al finalizar, la ternura que inundó mi corazón se desbordó en una espontánea y fogosa manifestación de entusiasmo.

En ese momento intervino Abraham, quien, dirigiéndose al joven, dijo:

—Has llegado en el momento más interesante de la reunión... Adelante. Luego, dirigiéndose a las visitantes, señaló al recién llegado y agregó:

—Permítanme que les presente a mi querido amigo Fernando David, futuro médico y, por añadidura, músico y tenor... Es primo hermano de Selme.

—¡Oh!... ¡qué coincidencia!... se llama Fernando —pensó Raquel, recordando al protagonista de "Una Partida de Ajedrez en el Desierto", cuyo diálogo Jorge y ella habían recitado en el cenador.



Al terminar el acto de la presentación, Fernando ocupó asiento junto a su prima y, después de un breve intercambio de palabras de cortesía, la Embajadora, dirigiéndose a él, le dijo: Nos encantaría oír un duo de voz y piano... Ud., según su primo, canta muy bien y Raquel toca admirablemente.

Fernando, algo turbado, se inclinó ante la joven y, con voz entrecortada, le dijo:

—Señorita, fué una guasa de Abraham, yo no canto tan bien como él dice.

—Esto si está gracioso —exclamó la Embajadora—, nos desaira...

—¡Oh!, eso nunca, —se apresuró a decir Fernando, —agregando— y para demostrarles lo mucho que les admiro me expondré al ridículo. Si la señorita desea acompañarme al piano, cantaré algo para Uds... Naturalmente, espero que sean indulgentes conmigo.

—Se lo prometemos —respondió la Embajadora, mientras Raquel, muy emocionada, se disponía a complacer el ruego de Fernando.

—Bueno, ¿qué desean oír?

—Ramona.

—La Paloma.

—Peregrino de amor.

—Bien, las complaceré a todas —respondió Fernando y, acercándose al piano, dijo a Raquel: —Señorita, comenzaremos con "La Paloma".

En seguida sonó el piano y el joven con voz melodiosa cantó "La Paloma". El duo resultó perfecto... Hacían una combinación magnífica. Los aplausos fueron prolongados.

—Ahora Ramona.

Fernando hizo una leve reverencia. luego dijo a Raquel:

—Ramona. Y de nuevo su voz cautivó los corazones.

Raquel tocaba magistralmente y de cada nota parecía brotar toda la dulzura y el amor que se anida en un corazón enamorado. Su disposición era de un ser inspirado por un sentimiento excelso.

Una vez más las voces y los aplausos llenaron los ámbitos.

En ese momento se presentó una doméstica con una bandeja de cerveza. El anfitrión brindó por la pareja que hacía tan brillante papel.

Las copas se repitieron varias veces antes de que Raquel y Fernando interpretaran "Peregrino de Amor". En esta ocasión conquistaron nuevos y nutridos aplausos y merecidos elogios.

Después para complacer otras peticiones, Raquel, tocó "La Danza de las horas", de la Opera "La Gioconda"; "Scherezada", de Nicolás Rimsky Korsakov, y "Sueño de Amor", de Liszt.

Al terminar la ejecución de la última pieza citada, una domestica se acercó a Selme para decirle que la mesa estaba dispuesta.

Inmediatamente pasaron al comedor, donde se deslizó el tiempo en medio de la mayor esplendidez y alegría.

A eso de las cuatro p. m. las distinguidas jóvenes y demás visitantes, después de expresar a los anfitriones su gratitud por las finas atenciones de que habían sido objeto, se retiraron.

En el instante en que Fernando se despedía de Raquel, ella le envolvió en una mirada melancólica, y, la triste expresión de sus lindos ojos, lo emocionó tanto que le presionó la mano en forma significativa. De nuevo se encontraron sus miradas, pero esta vez la de ella fué fría, indiferente o tal vez de hábil disimulo. Y él, confundido por tan singular proceder, mientras caminaba en dirección a su casa, iba pensando: —;Qué rara y enigmática!... Hay algo en ella que me fascina y atrae con fuerza irresistible... ;Hum!... me parece que no es feliz... Que el recuerdo de una ilusión frustrada le llena de tristeza el alma... Tal vez sueñe y espere algo... que resulte para ella un imposible... ;Bah!... Qué se yo de la vida de esa celestial muchacha para aventurarme en una conjetura tan atrevida... Esta noche bailaré con ella y, con sutileza, le expresaré mi admiración. Le diré que por ella sería capaz de todo... Y no mentiré al decírselo, pues, desde que me envolvió en el dulce mirar de sus divinos ojos, por conquistar su amor sería

capaz de lanzarme en el vórtice más espantoso, sin importarme las consecuencias.

Pensando de ese modo, llegó a su casa y pasó el resto del día anhelando la noche. A las ocho pasado meridiano, parado en la terraza del Centro Sirio Libanés, con visible impaciencia esperaba la llegada de sus primos y de la hermosa que, con una sola mirada, había convertido su corazón en una antorcha de amor.

Cuando les vió llegar fué a su encuentro y los condujo a una mesa que había reservado.

Instantes más tarde, mientras bailaban, Fernando dijo a Raquel:

—Señorita, la subyugante belleza de su cuerpo y de sus preciosos ojos han cautivado mi alma. Ud. es la mujer más seductora de la noche.

—No sea Ud. injusto... Selme y otras jóvenes que comparten con nosotros la alegría del momento, son más interesantes que yo. Mire, por ejemplo, aquella jovencita que está a nuestra derecha, conversando con el oficial del Ejército..., es muy graciosa.

Raquel se refería a una muchacha muy linda que platicaba con un Capitán cerca de ellos. Fernando comprendió su intención, pero, sin desanimarse, volvió a la carga.

—En verdad, ella es linda, pero, al lado de Ud., resulta una estrella de segunda magnitud. Ud. es única, pues Dios se complació en colmarla de todas las gracias y encantos...

—¡Fernando...!

—¡Por piedad!... Déjeme dar expansión al ardiente deseo que tengo de expresarle mi admiración.

—Comprenda: Soy casada.

—Por favor... escúcheme... —Suplicó Fernando y ya iba a proseguir cuando ella quitándole la palabra, replicó:

—Es que no puedo... Que no debo oírle... Y si desea evitar mi enojo, renuncie a sus locas ilusiones... Ahogue la pasión que amenaza nuestra incipiente amistad... Podríamos, si Ud. lo desea, estrechar en forma desinteresada, los vínculos de amistad que existen entre nosotros... A

veces, tenemos tanta necesidad de una persona sincera y leal a quien confiar nuestras cuitas!

En la voz de Raquel había un acento triste, y en sus ojos una dolorosa expresión.

—Señora, —prosiguió Fernando —Ud. sabe...

—Basta ya de devaneos... Hablemos de otra cosa.

Fernando guardó silencio y, tras un segundo de indecisión, como si se hiciera asimismo la pregunta, murmuró:

—¿Por ejemplo?

—De Ud. —respondió la joven en quien se había despertado el deseo de conocer los pormenores de la vida de Fernando, y éste, sorprendido preguntó:

—¿De mí?

—Sí, de Ud.

En ese instante terminó el vals y la orquesta siguió el set con una danza, circunstancia que aprovechó Fernando para salir a la terraza con Raquel donde le dijo:

—No sabe Ud. lo mucho que le agradezco su interés por conocer la historia de mi vida... La cual careció de colorido y fué monótona hasta el feliz instante en que la conocí a Ud., pues se reducía a un eterno ir y volver de las aulas universitarias a mi casa sin dejar para nada los libros de texto.

El joven guardó silencio. Luego, fijando la mirada en el cielo, prosiguió:

—Soy un idealista; amo las cosas bellas y excelentes. Mire que precioso está el cielo. Cómo luce Orión: La Liebre sigue tras él con la fidelidad del perro. El Can mayor, el Can menor, Tauro y las Pléyades son maravillosas. Mire allá a Sirio, ¡que hermoso es!... ¡Si Ud. supiera las horas que he pasado abstraído en la contemplación de las constelaciones! No se porque misterioso influjo ejercen sobre mi espíritu una irresistible fascinación, sólo comparable con la que tienen sobre mi corazón los hermosísimos luceros que engalanan el rostro de la mujer más angelical que he conocido.

—¡Oh!, —exclamó la joven con visible inquietud —por qué será Ud. tan indócil.



—Raquel, Ud. me ha pedido la historia de mi vida y al narrársela debo ser sincero y exacto... ¿No es así?

—Sí... naturalmente... —respondió la interpelada algo confundida.

—Entonces, le suplico no reprocharme la franqueza y el entusiasmo con que se la cuento.

—Está bien.

—Gracias... Como le dije, hace algún instante, lo único que yo hacía era estudiar y visitar entre días los centros sociales. Mis mejores amigos son Abraham, Selme, y mi compañero de estudios, quien responde al nombre de Rafael —Fernando hizo una pequeña pausa, y luego continuó —Y aunque le parezca raro y me sea duro confesarlo, jamás hasta el momento en que ví por primera vez a la deidad a que me refiero, había contemplado con amoroso interés a mujer alguna... Ella me ha inspirado la ilusión de un mundo tan excelente y promisorio de felicidad, que me figuro sea el Olimpo.

—Sueños inútiles—, replicó Raquel, cortando el hilo de la amorosa peroración y tras un segundo de silencio, agregó: —pasamos al salón, pues Selme y Abraham nos aguardan.

—Está bien, vamos.

Segundos más tarde, los esposos Sacín David en compañía de Raquel y de Fernando salieron a la terraza.

—Miren que espectáculo tan maravilloso —dijo Fernando a sus primos, señalando el firmamento y dejándose arrastrar por su pasión astronómica, se puso a explicar la posición, forma y origen de las constelaciones. Cátedra que solo Raquel escuchaba con interés, pues los esposos ya la habían oído varias veces.

Al iniciarse un nuevo "set", Abraham invitó a bailar a Raquel y Fernando a Selme y, mientras danzaban, Abraham sonriendo, dijo a la primera:

—Fernando tiene cosas que causan risa. ¡Cómo es posible que un baile se ponga a dar lecciones de astronomía!... ja, ja, ja. Qué muchacho tan tonto. —Raquel sonrió y él, reflexionando, continuó: —Naturalmente eso se debe a que él, yo y cualquier persona, por lo regular se inclina hacia el tema que más le apasiona, y como le

gusta tanto la astronomía, ese es el resultado. Es un tipo raro... Jamás aparta los ojos de los libros de texto.

—¡Pero, eso no es posible!... de seguro que habrá hecho todo lo que a su edad hacen los hombres —exclamó Raquel con aire de asombro.

—Se equivoca Ud. Ese muchacho jamás ha perdido tiempo en enamoramientos. Y, como le dije, es la persona más singular que he conocido. A su edad yo tenía una docena de novias y nunca salía de una fiesta... El, en cambio, dice que eso es perder tiempo y que hasta el día de su graduación será sordo y ciego para las tentaciones y reclamos del amor. Solo entonces, según él afirma, pensará en las mujeres... Y mire Ud., las pocas veces que hemos hablado sobre ese tema me ha dicho que, cuando se enamora, lo hará con la misma pasión que ha puesto en los estudios. Y temo por su porvenir, pues si por fatalidad se enamora de una mujer sin alma, estoy casi seguro que será un desdichado.

—¡Oh!, ¡no diga Ud. eso! —exclamó Raquel con voz angustiada. —Sería una crueldad del cielo...

En ese instante las dos parejas se cruzaron y la joven miró con gracia cautivadora a Fernando, quien le sonrió agradecido. Segundos después, mientras bailaba con ella, susurró a sus oídos:

—Raquel, envidio a Adonis.

¿—Por qué?

—Porque Venus le amó locamente. En cambio, Ud. apesar de que sabe que la idolatro, se muestra indiferente y me hace insoportable la vida... Y no dudo que la desesperación me haga tomar una resolución fatal...

—¡Oh! no sea Ud. trágico... Nada podría justificar una determinación tan monstruosa.

—Se engaña usted Raquel, la desesperación es fatal y, cuando el corazón está enajenado por una pasión indómita, fácilmente sucumbe. No olvide las tragedias de Zafó y de Orfeo... Yo la amo locamente y solo una esperanza, un rayo de luz en las densas tinieblas que me envuelven podría salvarme... ¿Me negará Ud. la salvación?

Raquel esquivó la respuesta y Fernando guardó silen-

cio. En ese momento terminó el "set" y sin despegar los labios, se dirigieron a su mesa.

.....

Por fin llegó el 27 de Febrero tan deseado por Raquel, desde muy temprano, numerosos grupos de músicos vestidos típicamente, recorrían la ciudad llenándola de música y alegría, las máscaras saltaban y gritaban a su gusto y era desbordante el entusiasmo de los jóvenes que en vehículos engalanados artísticamente, contribuían al esplendor de las fiestas.

Juan Chispita, Leopoldo Bass y Sampol, con sus dichos irónicos y jocosos hacían reír a todo el mundo.

A las 4 p. m. las aceras y balcones de la calle "El Conde" (3) estaban congestionados de espectadores, Abraham y Fernando esperaban en el balcón de la casa del último.

Al filo de las cuatro y treinta una nutrida salva de aplausos saludó la aparición de un precioso trono rodante en el cual llegaba la reina del carnaval. Un nuevo aplauso, seguido de vítores, saludó a una bellísima carroza engalanada de oro y grana.

La multitud aplaudía delirantemente. El ambiente rebosaba de alegría. De pronto, Fernando, señalando a un carruaje estilo Luis XVI, tirado por una pareja de briosos corceles blancos, que se acercaba majestuosamente, exclamó:

—¡Mira que monada!

¡Oh! sí —aprobó Abraham y, al divisar un cesto de rosas hermosísimas, figuradas por damitas encantadoras, dijo:

—¡Fijate en aquella, es un primor!

Un gigantesco clamor hizo converger las miradas hacia un ramillete de maravillosos pensamientos que lucían en una carroza lindísima.

—¿Y, qué dices de esa?... preguntó Abraham al paso de otra ocupada por un grupo de bellísimas muchachas vestidas de corazones.

—¡Es una preciosidad!

(3) En esa época el Carnaval se celebraba en dicha calle.

En seguida la multitud tributó un prolongado aplauso acompañado de vítores a una flor gigantesca en cuya corola había una linda mariposa posada.

—¡Oh! mira que precioso celaje! —dijo Fernando al divisar un montón de nubes blancas con naciente luna en un cielo azul purísimo que hacía su entrada por la esquina inmediata.

En esa carroza iba Selme, Raquel y las damitas que componían la embajada de La Vega, recibiendo una lluvia de confetis del balcón en que estaban Fernando y Abraham.

Con el mismo entusiasmo la pareja vió desfilar un cisne blanco sobre el cual iba un amorcillo.

De pronto les llamó la atención un coro de voces alegres y al punto vieron una carroza llena de incitantes cerezas, simuladas por un ramillete de fascinadoras muchachas que iban cantando:

Teme siempre  
al primer beso  
pues si empiezas  
ya verás que son igual  
que las cerezas,  
que al primero, siguen más  
y otros le siguen detrás,  
y no cuentes  
porque pierdes la cabeza.

Mas quien puede resistir  
a dar un beso  
si el galán enamorado  
pierde el seso,  
y le dice con fervor  
Nena mía, por favor,  
bésame  
que tus besitos son de amor.  
Deja que bese, chiquilla,  
tus labios rojos, como cerezas,  
deja que sacie en tu boca  
¡mi sed de amores y de ternezas!



Quiero beber en tus labios  
la sangre roja de las cerezas,  
tus besos son mi alegría  
Ay, vida mía y mi ilusión.

La mujer que con pasión  
a un hombre ama,  
y en su pecho siente correr  
de amor la llama,  
si a su lado está el galán  
que le jura con afán  
que también su corazón  
de amor se inflama,  
le dirá, loca de amor  
apasionada,  
con el alma ardiente  
puesta en la mirada,  
en la boca bésame  
hasta que apague la sed  
que me abraza con fuego  
el corazón. (4)

Un nuevo aplauso, saludó la llegada de una preciosa góndola, a cuyo paso, la multitud seguía aplaudiendo frenéticamente.

Cerraba el desfile un carruaje de alegres y lindas gitanillas, que con sus cantos aumentaban la alegría reinante en el ambiente, iniciándose una reñida batalla entre las carrozas que iban hacia la plaza "Colón" y las que corrían en dirección opuesta, resultando delirante la fogosidad con que los dos bandos combatientes se lanzaban nubes de confetis, serpentinas y pétalos de rosas. Desde los balcones les lanzaban flores.

A eso de las ocho... terminó el carnaval, dejando en todos los corazones gratísimas impresiones.

Unos minutos más tarde, Fernando fué a visitar a sus

(4) Pasodoble "BESOS Y CEREZAS", del inolvidable compositor dominicano Esteban Peña Morel.

primos y, después de saludarlos, dirigiéndose a las damas, dijo:

—Mis más sinceras y calurosas felicitaciones... La carroza de Uds. se llevó la palma... Era una preciosidad.

—Y sus tripulantes unos primores —agregó Abraham.

¡Oh! Uds. nos abruman con sus elogios... Gracias:

—exclamó Raquel mientras Selme sonreía.

—Y que opinan Us. de las cerezas —preguntó Raquel.

—¡Oh!, eran divinas; encantadoras. Cada vez que las veía se me hacía agua la boca. ¡Me gustan tanto las cerezas!

—respondió Abraham, con cierta picardía y Selme, frunciendo el ceño, exclamó: ¡Ah, con que te gustan las cerezas!

—¡Uf!, con locura y por eso tengo una deliciosa y linda como no hay otra —respondió el interpelado—, agregando —Y se llama Selme.

La joven sonrió y después que se dieron un beso, resolvieron ir a cenar al hotel "Colón".

Una hora más tarde mientras danzaban en el lujoso hotel de los espejos, Fernando preguntó a Raquel:

—¿Va Ud. a la jira?

—Sí.

—Entonces, seré su compañero.

—Depende de como se porte hoy.

—¿Me estoy comportando en forma censurable?

—Bastante.

—Y... ¿No me perdona Ud.?

—No del todo.

—Por favor, no me haga sufrir.

—Ja, ja, ja... ¡Qué ocurrencia!

—Por piedad, no se ría de mi... No comprende que estoy a punto de perder la razón...

—¿Pero, de veras; está Ud. enamorado?... ¿No le engañará el corazón?...

—¡Oh! no, Raquel. Estoy locamente prendado de Ud. y anhelo, con todas las fuerzas de mi alma, ser correspondido, pues me falta la luz de sus divinos ojos, y el afecto de su corazón, para ser feliz.

Raquel sintió en lo más recóndito de su ser las fogosas

palabras del joven y ya se disponía a contestar cuando cesó la música.

.....

En la madrugada del domingo fijado para la jira, Fernando acompañado de una orquesta, al pie de la alcoba de los esposos Sacín-David, cantaba:

Asómate a la ventana,  
para que mi alma no pene  
asómate que ya viene  
la luz de fresca mañana  
la luz de fresca mañana

Asómate, si te miro,  
mi dulce amor te confieso  
en los rumores de un beso  
y en el vaivén de un suspiro.

Sabrás que llevo un tesoro  
para tí, dentro del pecho.  
Levántate de tu lecho  
y sabrás cuánto te adoro.  
Las nubes vagan perdidas  
las calles están desiertas.  
Las aves están dormidas  
y las estrellas despiertas (5)

Al reconocerlo, Raquel pensó: —Es él. El Predestinado de mi corazón: —¡Qué voz tan dulce!... En ella llega hasta mí la emoción y ternura de un amor excelso... Es adorable... Encantador... Si él supiera... ¡Le adoro!... Dios Santo!... Me estaré volviendo loca... ¡Oh!, jamás sabrá nada... Soy casada...

—Primos, esperamos —gritó Fernando al terminar la canción...

—Un momento, —respondieron desde el interior de la casa.

(5) Canción colombiana "ASOMATE A LA VENTANA"

—Muchachos, música —exclamó Fernando y al instante se oyeron las preciosas notas del vals “Sobre las olas” (de Juventino Rosas).

Raquel arrebatada por la dulzura de la melodía, saltó de la cama y, haciéndose la ilusión de que iba del brazo de Fernando, comenzó a bailar. Al pasar junto a la ventana, se detuvo y por la entreabierta persiana miró hacia el jardín. Luego, al ritmo del vals, siguió hacia la coqueta.

Al terminar la pieza, Fernando ordenó a los músicos que lo esperaran en el Centro Sirio Libanés, al cual instantes más tarde él llegaba en compañía de sus primos y de Raquel, y mientras aguardaban la señal de partida, aprovechando que Abraham y Selme conversaban con unos amigos a cierta distancia, preguntó a Raquel:

—¿Le agradó la serenata?

—¡Oh! sí, Ud. cantó muy bien.

—Raquel, cuando se sueña con un ángel, las facultades artísticas se duplican y hasta se hacen prodigios!... Si Ud. supiera como la amo y deliro con...

—¡Ya vuelve con lo mismo! —interrumpió ella.

—Por Dios... no me niegue la dicha...

—Cambiemos de tema, Fernando.

—Está bien... me someteré a ese suplicio.

—Se lo agradeceré.

En ese instante se dispuso la partida, ocupando Selme lugar junto a su esposo que iba al volante. De esta suerte, Raquel y Fernando, tomaron el asiento trasero. Ya en marcha, Selme sacó del bolso de viaje una botella de whisky y cuatro vasitos higiénicos, sirviendo a sus compañeros; brindis que, a ruegos de Abraham, repitió varias veces.

Al llegar a Haina, (6) los excursionistas se detuvieron para comprar provisiones. Abraham y su esposa se dirigieron al puesto más cercano. Raquel se quedó dentro de la cuña y Fernando, saliendo de ésta se situó a un paso de la joven, aprovechando para expresarle, una vez más, sus ansias amorosas, variando de motivo cuando vió a los esposos Sacín-David que volvían cargados de comestibles.

(6) Sitio famoso por sus ventas de pescado.



Inmediatamente reanudaron la marcha.

Por fin llegaron al sitio donde iban a pasar el día. Era una magnífica quinta situada en la costa. A unos quinientos metros del mar había una casa de campo, desde la cual se iba a los arrecifes por varios senderos bordeados de pinos de tupido follaje, cuya altura alcanzaba unos siete pies. Debido a lo cual, desde cualquiera de ellos, resultaba imposible ver a las personas que iban por los otros. A la orilla del mar había un amplio paraguas cobijado de cana, hacia el cual se dirigió una parte de los excursionistas. Los restantes quedáronse bailando en la casa de campo. De este grupo formaban parte Raquel y Fernando.

Después de haber bailado varias piezas siguieron hacia los arrecifes, y apenas habían recorrido unos pocos metros, cuando Raquel tuvo que regresar a la casa de Campo, lo cual hizo aprovechando que Fernando conversaba con unos compañeros de jira. Segundos más tarde, al notar el joven que ella no iba a su lado ni en el grupo, pensó que le había ocurrido algo y, apresuradamente se dirigió a dicha casa encontrándola a la entrada del sendero. Inmediatamente volvieron sobre sus pasos, en la esperanza de alcanzar al grupo, y ya habían avanzado bastante, cuando Raquel, señalando hacia uno de los bordes del sendero, admirada exclamó:

—¡Oh, mire que rosas tan bellas!

—¡Qué preciosas! —robusteció Fernando, dirigiéndose hacia el rosal, y apenas había llegado, cuando agregó ¡Oh, venga a ver que jardín tan maravilloso! Jamás había visto flores tan extrañas y hermosas!

La joven corrió al lado de Fernando y cautivada por la belleza del panorama, confirmó lo que él había dicho.

El lugar era encantador... El Césped estaba cubierto de una grama muy verde y tupida. En el centro del Jardín, había un estanque de aguas cristalinas en el cual nadaban majestuosamente unos ánades blancos. La pareja llegó hasta el borde de la Alberca y sentándose en un banco siguió los graciosos movimientos de los inquietos palmípedos, luego, Fernando, cortó una rosa roja y ofreciéndola a Raquel le dijo:

—Consérvela como un recuerdo de este feliz instante en que la naturaleza me ofrece el prodigio de un espectáculo jamás visto por mi, pues Ud. y las rosas forman un cuadro asombrosamente bello e inolvidable.

Al tomar la rosa, Raquel fijó con amoroso interés la mirada en los ojos de Fernando y éste, impulsado por fogosa pasión, la estrechó entre sus brazos y la besó en los ojos con ardor, luego, sus labios se unieron en un beso de fuego, en un beso muy largo y muy dulce.

De pronto, Raquel, como si despertara de un sueño, se desprendió de los brazos de Fernando y asustada, exclamó:

—¡Dios mío, qué locura!...

—No Raquel, has obedecido el imperativo mandato de tu corazón y quiero que seas mi esposa. Acércate para confirmar, con otro beso tan delicioso y puro como el primero, nuestra promesa de amor.

—¡No, no! respondió la conturbada joven y, echando a correr, alcanzó al grupo, el cual, por haberse detenido en distintas ocasiones, aún se encontraba a corta distancia de ellos, Fernando llegó tras ella y, tomando una guitarra, pidió a los músicos que le acompañaran, y con voz suplicante cantó:

Mi pena, es un canto sin palabras  
en un cielo sin estrellas  
contemplado desde el mar.

Me duele, como una herida abierta  
convertida en rosas muertas  
adornando mi cantar...

Si sabes donde nacen mis pesares  
entonces por qué me dejas penar?

Mi pena, es un canto sin palabras  
en un cielo sin estrellas  
contemplado desde el mar.

Mi pena, tu la puedes consolar!!! (7)

(7) "MI PENA", canción de Juan A. Vicioso Contin.

En seguida, se oyó de nuevo su voz, interpretando la siguiente súplica de amor:

Esperando de lejos yo vivo,  
cantando una canción  
que escribo para tí,  
diciéndole a mi alma  
que sueñe al esperar  
que sueñe al esperar en mí...

Esperar, es tener, dentro del corazón  
la inquietud palpitante del mirar  
de unos ojos tranquilos;  
y volver a escuchar, la palpitación  
de una noche de ensueños que pasó  
estando cerca de tí...

Esperando, camina mi emoción por un  
sendero de jazmines,  
y cantando yo traigo a tu ilusión  
un mundo de jardines...

Esperar, es tener, dentro el corazón  
la inquietud palpitante del mirar  
de unos ojos tranquilos,  
Esperar... (8)

Raquel lo escuchaba con arrobamiento, pero temerosa de las fatales consecuencias que podría acarrearle tan loca pasión, procuraba mantenerse a prudente distancia. Al salir a la playa, el grupo comenzó a cantar "A la orilla de un Palmar". Al terminar la canción, Fernando y Raquel se unieron a los esposos Sacín David, y Selme, dirigiéndose a ellos, les preguntó:

—Pero bueno, ¿qué les pasó?

—Nada —respondió Raquel— cuando vinimos a darnos

(8) "LA CANCIÓN DE LA ESPERA", de Juan A. Vicioso Contín.

cuenta de que Uds. habían seguido al primer grupo, ya era tarde y preferimos quedarnos, a venir solos.

—Hicieron bien.

En ese momento la orquesta rompió a tocar un merengue y Fernando, para librarse de nuevas preguntas, invitó a bailar a una joven que estaba a su alcance. Abraham, siguiendo su ejemplo, sacó a Raquel, y Selme les siguió del brazo de un amigo.

Raquel esquivaba a Fernando y éste desesperaba por lograr una oportunidad para hablarle. Por fin la consiguió y, mientras bailaban, le dijo:

—Raquel, bien mío, ¿por qué huyes de mí?... Tú no puedes imaginarte lo mucho que te quiero.. Si fuí impulsivo, perdóname, pero no me niegues la inmensa felicidad de tu amor.

¡Oh!, por favor, lo que ha sucedido entre nosotros me tiene consternada. No sé en verdad, como pudo ocurrir eso...

Raquel guardó silencio y Fernando, intranquilo, suplicó:

—Por piedad, derrama sobre mi corazón el consuelo de tu amor, pues de lo contrario sufriré mucho.

—Fernando —respondió la joven con lentitud —mientras yo sea la esposa de Jorge, aun cuando entre él y yo se interpone un abismo de indiferencia, pues nuestro matrimonio fué obra exclusiva de la inexorable voluntad de nuestros padres, me cuidaré muy bien de querer a otro hombre.

—Pero tú puedes divorciarte y luego casarte conmigo.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—Temo por la vida de mi madre.

—¿Y qué tiene que ver la vida de tu madre en esto?

—Mucho... Ella sufre del corazón y si yo le diera ese disgusto se moriría de pena... Por eso me sacrifiqué y si la Providencia no dispone otra cosa, arrastraré la pesada cruz del martirio hasta el calvario.

—Ahora serán dos cruces —dijo Fernando, como si hablara consigo mismo, y Raquel alarmada, exclamó:



¿Qué dice Ud.?

—Que serán dos cruces —repitió Fernando y tras un segundo agregó: —Pues tu indiferencia me enloquece y llevará a un extremo fatal... Cuando sucumba mi sangre pesará sobre tu conciencia como otra cruz.

—Calle, por piedad...

En ese instante cesó la música y un señor anunció un receso para proceder a rifar varios objetos entre las damas. Siendo Raquel una de las afortunadas. Tocándole una estatua de bronce, de un pie de largo.

Al terminar la rifa, los excursionistas se diseminaron por el inmenso campo en el cual habían mecedores, deslizadores, etc., Raquel y Selme eligieron los primeros y, mientras eran impulsadas por Fernando y Abraham, cantaban a coro:

Se fué para otras playas mi amor  
y mi ilusión se quedó  
con su recuerdo  
y fué que al partir  
con ella se llevó mi corazón  
con ella se marchó mi inspiración  
con ella.

Se fué y no volverá mi linda flor  
a su jardín que espera ansioso  
su perfume ideal,  
y fué que al partir  
con ella se marchó mi inspiración  
con ella.

Se fué mi linda flor  
se fué y no volverá jamás  
con ella se llevó mi amor  
que ya no vuelve más

Se fué para otras playas mi amor  
 y mi ilusión se quedó  
 con su recuerdo  
 y fué que al partir  
 con ella se llevó mi corazón  
 con ella se marchó mi inspiración  
 con ella... (9)

Después de disfrutar de un instante muy feliz pasaron al paraguas, donde estuvieron hasta la hora del regreso a la capital.

Unos días más tarde, Raquel recibió una carta en que su esposo le informaba de que, urgido por asuntos familiares de suma trascendencia, partía hacia Nueva York, vía Puerto Plata y que, a su regreso, lo haría por el puerto de la capital para encontrarse con ella. Esta noticia la hizo saltar de alegría, ya que lo que más deseaba era prolongar su estancia entre los esposos Sacín David.

A la sazón se iniciaba la semana Santa y, en compañía de Selme, visitó las iglesias.

El sábado de resurrección, fué con los esposos Sacín David a pasar el día a Manoguayabo emprendiendo el viaje de regreso a las cinco pasado meridiano. Apenas se había desmontado del vehículo, cuando una doméstica, presentándole una cubierta, le dijo:

—Este telegrama es para Ud.

Inmediatamente Raquel rasgó el sobre, tomó el papel y desdoblándolo leyó:

—“Doña Pura muy grave. Venga en seguida, Salomón”.

Una palidez mortal cubrió el rostro de la joven, quien, desconsolada, rompió a llorar.

Sin pérdida de tiempo Abraham dispuso la partida y segundos más tarde en compañía de su esposa y Raquel viajaban con rumbo a La Vega.

Tres horas más tarde Raquel lloraba ante el cadáver de su madre, la cual había muerto a consecuencia de un síncope cardíaco.

(9) “SE FUE MI AMOR”, canción bolero de Juan A. Visioso Contín

Al día siguiente, en las primeras horas de la noche, los esposos Sacín David estaban de regreso en la capital, enterando a Fernando de la muerte de Doña Pura, quien se apresuró a enviar a Raquel una nota de condolencia. Al acusarle recibo la joven le daba como dirección la casa de la difunta en la cual se había instalado una hermana de ésta, a quien Raquel recomendó entregarle personalmente las cartas que llegaran procedentes de la capital, y, tres días más tarde, la tía le entregó una en la cual Fernando le decía:

“Anoche fui al centro y tuve que salir precipitadamente. Figúrate que se me ocurrió salir a la terraza. El cielo estaba preciosísimo. Sirio, tu lucero favorito, trajo a mi memoria los románticos instantes que pasé a tu lado la noche del baile. ¿Recuerdas?... Sin saber como, llegué a la casa de Abraham y me senté al piano para tocar “Ramona”, aquella pieza que interpretamos a duo... Pero al punto recordé tu duelo y me arrepentí. ¡Oh!, no puedes imaginarte los momentos tan penosos que estoy viviendo en tu ausencia... ¡Qué triste es la soledad!... Por favor, envíame a vuelta de correo, algunas palabras que conforten mi espíritu. Te adora. Fernando”.

Raquel guardó silencio, pero apenas habían pasado cinco días cuando leía:

—“Amor mío, la existencia se me hace cada vez más insoportable en la cruel ansiedad en que vivo. Tan pronto como recibas ésta escríbeme aunque sean dos líneas cariñosas. Cuando tú dijiste que no podías quererme debido al quebranto de tu madre, recuerdo que agregaste: “al menos que la Providencia no resuelva otra cosa, llevaré la cruz hasta el calvario”. Al morir ella, se ha roto el único vínculo que te ataba a Jorge y en consecuencia que puedas divorciarte en seguida. Hazlo pronto y ven a poner sobre mi atormentado corazón el bálsamo de tu afecto. Fernando”.

Raquel se conmovió profundamente al leer la carta y compadecida escribió:

“Estimado Fernando: agradezco los cariñosos términos de su misiva. Como bien dice Ud. ya no existe ningún motivo para permanecer al lado de un hombre a quien no

amo y junto al cual la vida se me hace insoportable. Estoy pensando en el divorcio y aprovecharé la primera ocasión que se me presentó para romper definitivamente con él. Me ha apenado mucho saber que Ud. se encuentra en una situación angustiosa y le aconsejo no perder la ecuanimidad. Los designios del Destino son ineludibles y a su tiempo se cumplen. Le estima. Raquel.

En esta forma, sin comprometerse, daba una esperanza a Fernando. El mismo día que él la leyó llegó a La Vega Jorge, recibéndole Raquel con mucha frialdad. Algunos días más tarde, don Salomón se dirigió a la habitación de su hijo para hacerle un encargo, y ya iba a llamar a la puerta, cuando oyó a Raquel, que en tono angustiado, decía:

—No, no, déjame por favor, Jorge.

—¿Qué te deje, eh?... Pues no, eres mi mujer y tienes que llenar tus deberes como tal... para eso nos casamos...

—¡Oh!, por piedad, mira que estoy enferma —suplicaba la joven entre sollozos.

El señor Sacín creyó prudente intervenir y dando unos golpecitos sobre la puerta, llamó:

—¡Jorge!

¿Quién es?

—Yo, tengo urgencia en tratar contigo una cuestión de negocios. Te espero en la biblioteca.

Más tarde, Jorge y su padre convenían en que el primero saldría en la madrugada hacia la capital para resolver una situación muy grave que estaba confrontando el agente de su casa, quien se encontraba detenido por haber estropeado con su vehículo a una anciana. Luego don Salomón, impelido por el cosquilleo de una imperativa curiosidad preguntó a su hijo sobre la discusión que había escuchado al través de la puerta de su alcoba y éste se limitó a decirle que se trataba de una cuestión íntima y tan desagradable de tratar que prefería callarla, respuesta de la cual coligió el padre que Raquel sexualmente le rechazaba, e indignado exclamó:

—Esa ingrata no te quiere.

—Ahora comprenderá Ud. las razones que yo tenía pa-

ra no querer casarme con ella... Y le suplico no hablarme más sobre este asunto.

—Está bien, y ya sabes, debes partir en las primeras horas de la madrugada.

—De acuerdo...

Una hora más tarde Jorge corría por la carretera a una velocidad fantástica, llegando a su destino en dos horas. Quince días después estaba en La Vega de regreso.

Apenas habían transcurrido algunas horas cuando don Salomón, que estaba en acecho, se enfureció al oír a Raquel sollozando y acercándose sigilosamente a la puerta de la alcoba oyó a Jorge que decía:

—¿Es que no te das cuenta de la humillación que me haces con tu resistencia?... Esto no puede seguir así...

Al oír la queja de su hijo don Salomón, siempre impulsivo, se mordió los labios, llamó y tan pronto como le abrieron, situándose frente a su nuera, en tono agrio le dijo:

—Por segunda vez he oído las quejas de Jorge y exijo a Ud. una explicación sobre su extraña conducta.

Raquel no movió los labios.

—¡Contésteme pronto, malcriada! —rugió don Salomón exasperado por el comportamiento de la joven, la cual, irguiendo la cabeza, con altivez le respondió:

—Es verdad. No lo quiero... ¿Y qué?

—¡Insensata!... ¡Te detesto!

—Detésteme cuanto quiera, pero sepa que Ud. es el único culpable de esta situación.

—¡Miente!...

—Ten calma Salomón —suplicó doña Sarah, quien había entrado tras él, luego dirigiéndose a Raquel, le preguntó:

—Hija mía, ¿por qué no quieres a Jorge?... El es bueno contigo.

—Doña Sarah, Ud. es mujer y tiene un corazón —respondió la interpelada con voz suave.

—Sí, así es, pero...

—Explíquese... ¿No es esa la palabra que busca?

—Sí, hija mía.

—Pues bien, ya que lo desea, seré explícita. La escena del cenador fué una farsa... Cuando en esa ocasión accedí

a casarme con él, lo hice movida por la necesidad de evitar la muerte de mi madre. Ella se había empeñado en conseguir nuestra unión y con un gesto lastimero que no fué advertido por Uds., por que estaban ciegos, me suplicó que la complaciera... El, en cambio, amaba ciegamente a otra mujer y solo por no entrar en dificultad con don Salomón respetó su voluntad.

La joven hizo una pausa y luego continuó:

—La noche de la boda, cuando nos encontrábamos en la alcoba, me sentí incómoda por la presencia de un ser extraño a los sentimientos de mi corazón y, para evitar su trato, consentí que se fuera a pasar la noche al lado de Silvia, a quien él adoraba con todo el calor de su alma. De aquella mujer que don Salomón rechazaba por ser una humilde costurera. Así nos mantuvimos hasta hace poco... Y no le asombre saber que me sentía feliz en ese aislamiento, pues no quería a Jorge... Una noche en que se daba un baile en el barco, nos embriagamos y luego de regresar a nuestro camarote, hubo entre nosotros, por primera vez desde que nos casamos, cópula... Roce inconsciente, bestial, pues careció del calor de la ilusión que idealiza las relaciones copulativas. Desde ese día traté muchas veces de dominar la desagradable sensación que me alejaba de él cada vez más. Aversión que, en vez de disminuir, ha crecido en forma monstruosa, haciendo imposible nuestra convivencia.

—Entonces lo mejor sería...

—EL DIVORCIO.

—Es la única solución posible.

Jorge palideció y sin decir una sola palabra, abandonó la alcoba saliendo tras él los esposos Sacín.

En el acto Raquel cerró la puerta; buscó sus maletas y acomodó en ellas todas sus cosas. Luego se vistió y haciéndose acompañar de Perico, salió en dirección a su casa materna. Al día siguiente, encargó a un abogado de su divorcio, el cual, sin pérdida de tiempo, elevó la demanda ante la autoridad judicial correspondiente.

Cuando Jorge se enteró de lo que ella estaba haciendo,

enajenado por el dolor, fué a visitarla, y, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Raquel, con tal de que retires la demanda de divorcio te prometo complacerte en todo y vivir solos.

Pero ella, inflexible en su determinación le respondió:

—Mira, Jorge, date cuenta de que es imposible prolongar por más tiempo la peligrosa animadversión que ha creado entre nosotros la falta de afinidad sentimental.

—¿Pero, quién te ha dicho que yo no te quiero?... Tú bien sabes que te adoro. Y si por papá no deseas volver a casa, viviremos solos.

—Si regresara a tu lado, forzosamente, se repetirían las dolorosas escenas de la alcoba.

—Déjate de tonterías... Vamos para casa.

—Imposible... No puedo volver atrás...

—¿Y, por qué?... Si doy por olvidadas nuestras querellas.

—Ya te dije que no podía retroceder...

—Entonces... ¿estás enamorada de otro hombre?

—No, pero tengo un corazón y soy joven...

—¡Estás loca!... ¿Cómo te atreves a insinuarme?...

—No te sugiero nada... Te hablo con sinceridad de los peligros a que me expongo de volver a tu lado.

La tía de Raquel, que había escuchado la conversación desde la alcoba inmediata, creyó oportuno intervenir y haciendo acto de presencia, ocupó asiento junto a ésta. Jorge, comprendiendo su intención, se puso en pie y, sin despedirse, abandonó la casa.

Una hora más tarde Raquel enteró a su abogado de lo ocurrido y éste le aconsejó un cambio de residencia, idea que ella aceptó y después de entregarle dinero suficiente para cubrir los gastos judiciales, se despidió, no sin antes suplicarle acelerar la tramitación del expediente. Al llegar a su casa encontró una carta de Fernando y, después de saborear con deleite su contenido se puso a recoger sus cosas con la firme intención de pasar unos días en casa de unos parientes que tenía en Puerto Plata y luego, fijar definitivamente su residencia en Ciudad Trujillo, llegando a ésta quince días más tarde, hospedándose en la pensión

de una prima suya llamada Margarita, tomando un cuarto grande que daba al balcón, el cual dividió en dos para tener una salita de recibo; ordenando que le sirvieran las comidas en su propia habitación, pues no quería que los visitantes y huéspedes la vieran con frecuencia.

Al cabo de un mes, recibió una carta de su abogado, en la cual le informaba que acababa de ser publicado el edicto de su divorcio, del cual anexaba a la carta una copia y el periódico en que había salido; saltando de alegría la joven pensó:

Por fin, Dios mío se rompieron las cadenas. Ya podré, sin menoscabo de mi dignidad, aceptar la proposición de matrimonio que me hace Fernando, si es que él persevera en su amoroso empeño. Además, no tendré que permanecer por más tiempo en el aislamiento que las circunstancias me imponían. Hoy mismo iré al comedor. Y así lo hizo. En la mesa que eligió se sentó un estudiante de la facultad de medicina con quien entabló conversación y al éste decirle que se llamaba Rafael, ella recordando que Fernando en varias ocasiones le había dicho que su compañero de estudios respondía a ese mismo nombre, movida por la curiosidad, le preguntó:

—¿Ud. conoce a Fernando David?

—Casualmente, estudiamos juntos y es mi mejor amigo. Pero, en estos días, estamos algo desviados debido a que él me hace perder mucho tiempo.

—¿Cómo así?

—Bueno. No sé, pero algo le atormenta, pues, por más que se esfuerza, no puede concentrar la atención y, en muchas ocasiones, en momentos en que estamos estudiando, sin causa visible, suelta los libros y se va... Además le escribe mucho a una persona para mí desconocida, pues jamás me ha hecho confidencias al respecto, ni me he atrevido a preguntarle nada.

El rostro de Raquel se iluminó de satisfacción y enterrecida murmuró:

—¡Pobre Fernando! —extrañado, Rafael le preguntó: ¿Son Uds. parientes?

—No, sencillamente buenos amigos. Yo pasé unos días



en la casa de su prima Selme y tuve ocasión de apreciar en él a una bella persona... Cuando lo vea dígame que Raquel le envía recuerdos.

—¡Oh!, será para mi un honor ser portador de tan agradable mensaje. Hoy mismo lo recibirá.

—Gracias... Y cuente con una amiga sincera.

—Muy agradecido... Yo también estaré siempre a sus gratas órdenes y le ofrezco una amistad leal.

Unas horas más tarde Fernando llegaba a la pensión de Margarita, estaba tan emocionado que, al ver a Raquel, corrió hacia ella y la abrazó efusivamente, rompiendo a llorar. Luego con voz temblorosa, musitó:

—Raquel, no sabes lo feliz que me siento desde el instante en que Rafael me dijo que estabas aquí. ¿Cuándo llegaste?

—A mediados del mes pasado.

—¡Y no me lo habías dicho!... ¡Qué cruel!...

—No era decoroso, pues aun estaba casada.

—Entonces, ¿ya te concedieron el divorcio?

—Sí. En este periódico está publicado el edicto.

—¡Oh!, ¡qué dicha!... Ya puedo pedirte que me concedas la gloria de ser tu esposo.

—¿Lo deseas mucho?

—¡Oh! ¡Con toda el alma! Y si me das tu asentimiento, el día 31 de diciembre, fecha para la cual estaré graduado, nos casaremos.

—Acepto con la condición que no le digas a nadie nuestra intención y de que guardes en secreto mi presencia en esta ciudad, pues no quiero que Jorge venga a molestarme.

—Casualmente yo estaba pensando no decirle nada a Abraham... Para evitarnos complicaciones.

—Muy bien. Y lamento que él y su esposa, por ignorar las circunstancias en que me casé con Jorge, puedan formar un juicio erróneo con respecto a mi conducta y mucho más cuando se den cuenta de nuestras relaciones amorosas.

—No te apures: pues lo que ellos puedan pensar no me interesa y, si se oponen a nuestra boda, por sobre sus cabezas nos casaremos.

—¡Gracias, amor mío!... exclamó Raquel estrechán-

dolo entre sus fragantes brazos y sus labios se unieron en una efusiva manifestación de amor. Luego Raquel, avanzando algunos pasos hacia el corredor interior, llamó a su prima y se la presentó a Fernando.

Después de cambiar un saludo afectuoso, Margarita volvió a sus quehaceres y Raquel aprovechó para llevar a Fernando al saloncito de recibo, en el cual le dijo:

—Aquí podemos platicar libremente.

Inmediatamente se sentaron uno frente al otro; al punto Fernando, radiante de felicidad, exclamó:

—Por fin, gracias a Dios ya estamos juntos de nuevo y para siempre. Me siento el ser más dichoso del universo... Ya podré estudiar con tranquilidad y me propongo liberar todas las materias pues necesito ganar mucho dinero para nuestra boda.

—¡Oh! cuanta satisfacción experimento al oírte hablar así... Dios nos conceda tanta ventura...

.....

Desde esa tarde Fernando, en vez de visitar a sus primos, iba a la pensión, y Selme, intrigada con su prolongada ausencia, preguntó a su esposo:

—Señor, Abraham, tú has tenido algún disgusto con Fernando? Pues hace más de un mes que no viene.

—Si supieras que estaba a punto de hacerte la misma pregunta...

—¿Si estará enfermo?... Bueno, ahora lo sabré —exclamó Selme, quien incontinenti llamó por teléfono a la casa de Fernando, desde la cual le dijeron que él iba todos los días a una pensión que había en la calle "Isabel la Católica" a esquina "San Francisco", cuya dueña se llamaba Margarita. Preocupada por la noticia Selme colgó el auricular y, con acento angustiado, dijo a su esposo:

—Creo que estamos frente a un problema muy serio.

—¡Anja!, ¿qué te dijeron?...

—Según me dijo, tío Elías, Fernando está muy metido en el pupilaje de Margarita, la prima de Raquel.

—¡Maldición!... Mira, sobre el escritorio dejé un pa-

quete de cartas que recogí en el correo. Tráemelas, pues creo que hay una de Jorge.

Selme tomó las cartas y se las entregó a su esposo.

—Efectivamente... esta es de Jorge. —Exclamó Abraham al reconocer la letra de su primo y, rasgando la cubierta, sacó la carta y se puso a leerla. Entre otras cosas su primo le decía... "Raquel" quien regresó de allá muy cambiada, sin motivos para tomar una determinación tan drástica, abandonó el hogar, ignorando yo su actual paradero; resultando inútiles todas las pesquisas que para dar con ella han hecho los choferes de mi empresa. Abraham hizo una pausa. Selme frunció el sobrecejo; luego continuó: —Pero no cejaré en mi empeño hasta dar con ella. A continuación preguntaba: —¿La has visto en esa ciudad? En caso afirmativo, dímelo por teléfono.

—Abraham, se sumió en penosa reflexión, luego, fijando la vista en su esposa, le dijo:

—Tú tienes razón... Las visitas de Fernando a la pensión de Margarita dan mucho que pensar... Y es más, estoy casi seguro de que en ella se esconde Raquel...

—¡Eso sería terrible!...

—Sí, nos crearía una situación muy enojosa frente a Jorge y su familia —robusteció Abraham luego, en tono de reconvención agregó: —No me explico como no nos dimos cuenta de que era un peligro tener a esos dos muchachos tan cerca uno del otro... Fuimos unos tontos... Y de confirmarse nuestras sospechas, resultaríamos los responsables de sus amores.

—Perdona que no sea de tu parecer —replicó Selme, luego preguntó: ¿Qué culpa tendríamos nosotros en el caso de que se hayan entendido a nuestras espaldas?

—Selme, no olvides que Fernando es tu primo y que Jorge podría pensar que fuimos tolerantes con ellos. Pues en una mente perturbada caben las ideas más absurdas.

—Eso equivaldría a un insulto intolerable.

—Y si no estuviese equivocado... ¿Cómo calificarías el proceder de tu primo?

—Selme, comprendiendo que su esposo tenía razón, angustiada, respondió:

—Como una locura, cuyas consecuencias debemos evitar. Ve a la pensión para que te cerciores de la verdad.

—Eso estaba pensando y lo haré en seguida, pues debemos actuar con energía y rapidez para precaver una tragedia —respondió Abraham, disponiéndose a salir.

Felices y despreocupados Raquel y Fernando, platicaban, parados en el umbral de la puerta que daba al balcón, cuando, de pronto oyeron a Abraham, que, desde la acera opuesta, gritaba: ¡Fernando, Fernando!

Instintivamente Raquel se escurrió, ocultándose detrás de la puerta, mientras Fernando, en la creencia de que Abraham no la había visto debido al lugar que ella, en esos momentos, ocupaba, haciéndole frente, con fingida naturalidad, le contestó: ¡Oh!, Abraham. ¿Qué ocurre?

Ya ves, apurando el aloe de la decepción más grande que he sufrido en la vida. Y por insólita coincidencia, tú, a quien yo tenía en el lugar de un hermano, eres el que me la proporcionas —respondió Abraham y luego, con cierta ironía agregó: —Dile a Raquel que fué inútil su escabullida, pues antes de llamarte la ví.

—La joven que viste es su prima Margarita, quien tiene un gran parecido con ella.

—Yo conozco muy bien a ambas y si quieres conservar mi amistad, apártate de ella —replicó Abraham, alejándose apresuradamente de la presencia del consternado amigo, quien, apesadumbrado, abandonó el balcón y uniéndose a Raquel, lamentó la ocurrencia con estas palabras:

—¡Qué desgracia!. . . . Ahora se lo dirá a papá. . .

—Eso no es nada. . .

—Hum, tú no puedes imaginarte como es el viejo.

—Pero ya tú eres un hombre.

—Si pero como no he llegado a la mayoría, él cree que soy un niño. Cuando lo sepa comenzará entre nosotros una lucha sin cuartel.

—Entonces, lo mejor que puedes hacer es seguir el consejo que te dió Abraham —murmuró la joven, mientras dos lágrimas empañaban sus brillantes pupilas. Y Fernando

enternecido, la estrechó entre sus brazos y, con voz cariñosa, le dijo:

—Preciosa mía, no sabes cuanto me apena tu aflicción.

—Raquel siguió llorando y Fernando, sentándose a su lado, se puso a mirarla, diciéndole:

—No seas niña. Mi amor es sólo comparable con la magnitud del cielo.

Cada frase iba acompañada de un beso. Ella, cada vez más ñoña se dejaba besar... Sus labios ardían y aquel calor resultaba un filtro delicioso para Fernando. De pronto, ella, enardecida por las caricias, le echó los brazos al cuello y le dió en la boca un beso muy prolongado y embriagador.

—¡Oh, vida mía!... Si te tengo a ti, que puede importarme el resto del mundo—musitó Fernando trémulo de emoción. Y mientras el amor, como divina panacea, calmaba las inquietudes de ambos jóvenes; Abraham, muy preocupado, decía a su esposa:

—He pasado la mortificación más grande de mi vida...

—¿Los sorprendiste?

—Sí, estaban como dos tortolitos en el balcón.

—¡Dios Santo que enredo!...

Si, tenemos de frente un problema muy serio...

—Bueno, como Jorge no lo sabe, aún es tiempo de salvar la situación —dijo Selme y después de un minuto de meditación, exclamó: —¡Ah! ya sé, mira Abraham, lo primero que tenemos que hacer es contestarle a Jorge diciéndole que no la has visto ni nadie te ha hablado de ella, y que en el caso de que sepas de su paradero lo llamarás por teléfono.

.....

Jorge creyó todo cuanto su primo le decía en la carta, desistiendo de un viaje que tenía en proyecto para la capital.

Al enterarse don Elías de la peligrosa aventura que estaba corriendo su hijo consideró necesario alejarlo de la ciudad por un tiempo y, para que no se perjudicara en sus estudios, decidió enviarlo al Uruguay país en el que tenía

un hermano, idea que, a su debido tiempo, comunicó al joven, quien después de emplear miles subterfugios para hacerlo desistir de dicho propósito sin lograrlo, le pidió unos días para considerar detenidamente la proposición a lo cual accedió don Elías. Inmediatamente pidió permiso y se dirigió a la pensión. En ese momento Raquel bordaba en el saloncito de recibo y al verlo, le tendió los brazos, más, al advertir su preocupación, bajándolos le preguntó:

¿Por qué estás tan triste?...

—Abraham se lo dijo a papá.

—¡Sí!... ¿Y qué te dijo don Elías?...

—Que había resuelto enviarme a la Universidad de Montevideo.

—¿Y tú, qué piensas hacer?...

—Quedarme contigo, pase lo que pase, pues prefiero la muerte a nuestra separación.

—¡Oh! Vida mía, que orgullosa me siento de ser tu prometida. Yo también lo he preferido todo a perderte —exclamó Raquel, estrechando entre sus brazos al joven; luego agregó: —Este beso, a manera de rúbrica sagrada, sellará nuestro pacto: ¡La muerte a la separación!...

—Sí, bien mío, la muerte a la separación, —repitió Fernando, besando apasionadamente a su prometida.

.....

Al enterarse Margarita de la visita de Abraham, manifestó a Raquel sus temores de que se suscitara una serie de actos violentos de parte de los familiares de Fernando y en particular de Jorge. Agregando que de suceder tal cosa se perjudicaría el crédito de su negocio. Inmediatamente Raquel resolvió mudarse a otra casa y al efecto, gestionó y obtuvo en arrendamiento un chalet que había desocupado frente a la plaza "Colombina", hoy parque "RAMFIS".

En la noche de aquel mismo día enteró a Fernando de su determinación, ocasión que aprovechó en forma inteligente, para decirle que la mamá de Margarita, quien respondía al nombre de Paula, iba a vivir con ella. Y que, debido a su delicada posición frente a la sociedad, tendrían que

observar de un modo escrupuloso todas las reglas del no viazgo. Insinuación que Fernando consideró justa, prometiéndose no apartarse de ellas.

.....

Pasaban los días sin que Fernando se decidiera a emprender viaje.

Por fin don Elías molesto e impaciente con su silencio, le dijo:

—Fernando, deseo saber lo que piensas con respecto a tu partida.

—Papá, le voy a pedir un favor.

—¿A ver, de que se trata?

—Vamos a dejar ese viaje para el año que viene....

—No señor... Se irá tan pronto como llegue el vapor "San Lorenzo" pues ya todo está listo... pasaporte, crédito, etc.

—Pero, papá.

—Nada... basta de contemplaciones.

—Está bien... Con permiso.

Con estas palabras se levantó de la mesa y tomando su sombrero salió de la casa. Ese mismo día, para mudarse de ropa, abrió el armario y al notar que estaba vacío, corrió en busca de su madre, quien le enteró de que don Elías la había guardado y que se la entregaría cuando estuviera en el barco. El sábado, como de costumbre, fué a la Oficina para recoger la suma que recibía semanalmente para sus gastos personales, recibiendo la aflictiva sorpresa de una negativa rotunda de parte del cajero, quien le dijo que tenía instrucciones terminantes de don Elías de no darle ni un solo centavo. Instantes más tarde se mordía los labios de rabia al ser rechazados los vales que presentó en el Centro Sirio Libanés.

Al cabo de tres semanas su apariencia personal había desmejorado mucho... Una noche, desesperado, dijo a su madre:

—Mamá, mira, estoy como un cochino... ¿Permitirás que tu hijo ande así?

—Lo lamento, pero no puedo quebrantar las disposiciones de tu padre.

—¡Hasta tú mamá!...

—Es por tu bien, Fernando.

—Pero...

—Nada, nada, —respondió doña Rebeca, dejándolo solo.

—¡Qué desgracia!... También la vieja... Y no puedo quedarme con esta ropa —rezongó el afligido adolescente, y al acordarse de la lavandera la llamó, pero ésta le contestó que no podía servirle, pues de hacerlo sería expulsada del servicio.

Fuera de sí, gritó, blasfemó y amenazó con dejar los estudios. Luego como un endemoniado, salió de la casa con la firme intención de no regresar a ella jamás, refugiándose en el cuarto de soltero de Rafael. Desde entonces se le vió andar deslucido y cabizbajo.

Una noche en que llovía a cántaros, y Paula estaba ausente, ocurrió entre Fernando y Raquel algo inesperado, pero que en tales circunstancias, casi era inevitable. Unos días más tarde, o mejor dicho, al cabo de un mes largo, él la encontró muy pálida y afligida. Al preguntarle por la causa de su estado, ella le respondió: que desde hacían dos días vomitaba con mucha frecuencia y sufría vértigo; alarmado por los síntomas, Fernando exclamó:

—Dios quiera que nuestra situación no se complique con un nuevo problema, pues si no me equivoco, estás encinta.

Raquel sintió correr por su cuerpo un frío de muerte, y con voz acongojada preguntó:

—¿Tú crees?...

—Sí, estoy seguro.

—¡Oh!, Dios mío, que desgracia —exclamó la joven entre sollozos.

—No te apures, todo se arreglará... Vístete...

—¿Qué me cambie?...

—Sí, vamos a salir...

Ya arreglada Raquel, se dirigieron a la Oficialía del Estado Civil con la intención de casarse y el funcionario al



enterarse de que el joven era menor de edad, le dijo que lo primero que tenía que hacer era conseguir el beneplácito de sus padres, pues sin eso no podía actuar. Ante la explicación del funcionario, Fernando, irguiéndose como quien toma una resolución suprema, masculló:

—Está bien, iré a pedirlo... Luego, poniendo una mano sobre la cabeza de Raquel, con voz ahogada por la emoción, le suplicó que lo esperara, saliendo en dirección a su casa paterna.

—¿Por fin te has resuelto a viajar? —preguntóle don Elías al verlo llegar.

—Papá, me iré mañana mismo siempre y cuando Ud. me de permiso para casarme con Raquel...

—¡Estás loco!... Casarte con esa muchacha!... ¡Imposible! ¡Jamás!

—Papá, Raquel será muy pronto madre y tanto ella como mi hijo son dignos de nuestro apellido.

—Ni una palabra más —replicó don Elías, y ocupando el teléfono llamó a la Oficialía del Estado Civil para decirle que su hijo era menor de edad y que él anularía todo acto que se hiciera sin su consentimiento. Luego, encarándose al afligido joven, le dijo:

—Qué espera para marcharse.

—Padre mío, por favor, vuelva a llamar al señor Guerrero y retire lo dicho. No le niegue la felicidad a una criatura inocente...

—¿Inocente, ella?

—Pero mi hijo sí, y lo justo y noble sería darle el apellido que por derecho natural le corresponde y no cometeré la injusticia de negárselo. Si Ud. por crueldad, me impide cumplir con tan sagrado deber, esperaré a ser mayor de edad para hacerlo, pues él ha de llamarse Fernando David.

—Haga lo que le venga en ganas; pero conmigo no cuente —replicó iracundo don Elías, dejando solo al angustiado adolescente, quien tras un instante de indecisión, salió en dirección a la oficina en que le aguardaba Raquel, la cual, al verle llegar, le dijo:

—Supe que te fué muy mal...

—Sí, pero dentro de poco, de acuerdo a nuestra Cons-

titución, tendré los años necesarios para emanciparme y entonces nada ni nadie podrá evitar nuestro matrimonio... Vámonos.

.....

Ese mismo día Fernando visitó a varios amigos influyentes para que lo ayudaran a conseguir un empleo en la Administración Pública, pero casi todos le respondieron que en ese momento era muy difícil debido a que en los departamentos de la Administración Pública se estaban suprimiendo cargos.

A la sazón corría el mes de julio del 1929. Sin darse por vencido, Fernando habló a los gerentes de las principales empresas comerciales, pero todos le respondieron que no tenían vacante. Y, a cada negativa, su angustia crecía de punto. Un día, al regreso de uno de esos infructuosos recorridos, sin poderse contener, rompió a llorar, y Raquel, conmovida, le dijo:

—Ten paciencia, amor mío...

—Es que me desgarras el corazón verte tan enferma y careciendo de todo... ¡Sufres tanto!...

—Bien mío, que importa el sufrimiento estando junto al hombre más responsable del mundo! —exclamó Raquel, luego agregó: —Las contrariedades me han dado la oportunidad de apreciar en toda su grandeza el amor que une nuestros corazones y seguiremos juntos pase lo que pase.

—Si, las dificultades nos han enseñado mucho. Yo también se que me adoras y que eres el ser más perfecto del Universo. Muchas veces he pensado que somos estrellas de una constelación y que no hay fuerza humana que pueda separarnos. Sólo un cataclismo podría hacerlo, y, en ese caso, nuestros corazones se desintegrarían pero nuestras almas seguirían unidas eternamente.

.....

Cuatro meses más tarde la vestimenta de Fernando estaba en estado deplorable. Ya había tirado a un rincón el sombrero por estar demasiado deteriorado. Su situación no podía ser más apremiante. Sin embargo, aun seguía obs-

tinado en su estóica resistencia. Y Raquel, para alentarle, entre besos le decía:

—Qué me importa la miseria, si a tu lado me siento tan feliz... Nos comprendemos tan bien... ¿Qué más puedo desear?... Tú eres mi dicha... ¡El predestinado de mi corazón!

—¡Gracias, bien mío!—exclamaba Fernando, admirado del valor de la abnegada joven, cuya situación económica era también difícil, pues debido a la suma que había puesto en depósito al arrendar el chalet y a otros gastos imprescindibles, apenas le quedaba dinero con que sostenerse durante dos meses más, y la tía apesar de que le había escrito para que le enviara recursos no lo había hecho.

Una noche, Fernando encontró la casa en tinieblas y, al preguntar a que se debía, Raquel le contestó que habían cortado el servicio de luz.

Otro día, sorprendió a Paula cargando agua del vecindario y al enterarse de que también le habían suspendido el suministro de agua, enfurecido exclamó:

—¡Maldición!... ¡Hasta cuando seguiremos así!...

—Por favor, Fernando, no blasfemes... Ten fé en Dios...

—Es que estoy loco... En vano he buscado trabajo... Siempre las mismas respuestas: —“Lo siento, joven, pero en estos momentos, casualmente, estamos en plan de economía”... Dios mío... ¡Esto es insufrible!

—Ten paciencia amor mío... Como nosotros están muchas familias...

—Sí, lo sé... También sé que por falta de los medios y recursos indispensables para el cultivo en gran escala de la tierra, las actividades del campesino se han limitado al fomento de un pequeño conuco para el sustento de su familia. Y asimismo que los hombres de espíritu progresista y luchador, pese a sus deseos, no han podido iniciar la explotación de los ricos yacimientos de bauxita, hierro, cobre, mármol, yeso, sal y níquel, ni la industrialización del país. Y todo por culpa del Gobierno, pues con los millones malversados, pudo haber coadyuvado espléndidamente a la ini-

ciación y culminación feliz de tan trascendente obra de progreso y bienestar nacional (10).

Cada vez más exaltado, el joven gritaba de voz en cuello y Raquel asustada, le suplicó:

—¡Por Dios!, Fernando, no hables así, pues podrían detenerte y, debido al delicado estado en que me encuentro, sería la muerte para mí. Además, no olvides, que los caminos de la violencia terminan en una maraña de acciones turbias, antisociales e inhumanas, cuyo fruto es negativo... ¡Catastrófico!

—Tienes razón, perdóname —murmuró Fernando, y, dejándose caer sobre el asiento, guardó silencio.

En esos momentos llegó a sus oídos una tumultosa algarabía de bocinas, y Fernando, extrañado exclamó:

¿Qué bulla es esa?... Hum... Algo grave está ocurriendo... Voy a averiguarlo... Hasta luego Raquel. Y

(10) Fernando se refería a la inversión de los millones que los Estados Unidos de América habían entregado al Gobierno del Presidente Vásquez, de acuerdo con los empréstitos concertados en los años 1924, 1926 y 1928 respectivamente. El sombrío panorama que presentaba el país en esa época ha cambiado totalmente, gracias a que por noble iniciativa del Benefactor de la Patria, Generalísimo Dr. Rafael Leonidas Trujillo Molina, la Secretaría de Estado de Agricultura y Comercio, en cuyo seno labora una Comisión encargada de todo lo relacionado con el estudio y explotación de minas; la Secretaría de Trabajo e Industria, el Banco de Crédito Agrícola y otras instituciones, facilitan a los hombres de trabajo los medios mecánicos y económicos necesarios para la cristalización de sus aspiraciones y en consecuencia que varias empresas estén explotando los aludidos yacimientos mineros; la agricultura se encuentre en pleno florecimiento y existan fábricas de cemento, aceite, pintura, embutidos de carne, botellas y objetos de vidrio, mosaico, block, telas, cartón, cordelería y sacos, medias, tejidos, alfarería, zapatos, etc. Empresas que últimamente han aumentado su capacidad productiva debido a la fuerte demanda que tienen sus excelentes productos, tanto en el territorio nacional como en el extranjero. Hace poco comenzó a funcionar una empresa bajo la razón social de Molinos Dominicanos, C. por A., para dedicarse a la molienda de trigo y otros cereales. También se constituyó una sociedad para la fabricación de papel. En Samaná acaba de establecerse una empresa poderosísima para la industrialización del coco. Y están al iniciarse los trabajos de la gigantesca represa de Taveras, obra cuyo costo total sobrepasará a la elevada suma de treinta y seis millones de pesos oro, moneda nacional y la cual proporcionará a toda la región del Cibao grandes beneficios. Se ha nacionalizado la industria azucarera, contando la República con el ingenio más moderno y grande del mundo. En fin, del 1930 al presente año han surgido numerosas fuentes de trabajo en las cuales millares de hombres y mujeres ganan en forma estable y decorosa el diario sustento de la vida.

salió apresuradamente hacia la esquina por donde iba cruzando una interminable caravana de vehículos, seguidos de una turba de hombres y muchachos portando cartelones de protesta por el alza del precio de la gasolina y al enterarse de que se trataba de una huelga, se sumó al grupo.

Minutos más tarde los huelguistas llegaron al local que ocupaba a la sazón el gremio de choferes y se agruparon en derredor del señor Humberto Solano, Presidente de dicha Corporación, quien desde una tribuna improvisada, después de criticar acremente al Gobierno por haber mostrado poco interés en la solución del grave problema que confrontaban, terminó con estas palabras:

—En consecuencia, queda decretado el paro.

A la mañana siguiente el silencio que reinaba en la ciudad era imponente y, a no ser por algunas camionetas distribuidoras de leche, el paro hubiera resultado total, para lograr el cual, la Comisión correspondiente, pasó una nota a todos los dueños de dichos abastecimientos advirtiéndoles de un modo enérgico y categórico que se tomarían a partir de ese momento represalias contra los transgresores. A esta altura las cosas, una ronda que se hallaba apostada en la puerta de The Royal Bank of Canada, al ver que se acercaba el automóvil placa oficial No. 480, le obstruyó el paso, viéndose el conductor obligado a parar en seco. Era un cabo de la Policía Municipal y para que le dejaran la vía franca les gritó:

—¡Carajo, no ven que este es el carro del Comisario de San Francisco de Macoris!... Tengo prisa... ¡Pronto!... Déjenme pasar.

Ante la insistencia de los huelguistas, enfurecido, se tiró del vehículo y, desenvainando el revólver de reglamento, fué encima al señor Humberto Solano, iniciándose entre ellos una lucha fiera, logrando éste desarmarlo. En ese trágico instante intervino un Teniente del Cuerpo Médico del Ejército Nacional y, a su requerimiento, Solano le entregó el arma, teniendo la fatalidad de que el Oficial, en vez de retenerla, se la devolvió al cabo, quien de un modo sorpresivo, la dirigió contra su adversario haciéndole tres disparos mortales. Al verlo caer sus compañeros intentaron atacar

al victimario y, gracias a la oportuna llegada de una patrulla de la Policía, la tragedia no tuvo mayores proporciones. Instantes más tarde el herido fallecía en la mesa de operaciones del Hospital Nacional.

A la mañana del siguiente día, un grupo de choferes que se encontraban de guardia en las inmediaciones del terreno que hoy ocupa el bellissimo y moderno parque de recreo "RAMFIS", vió una guaguaita que, desde la avenida "Independencia", corría hacia dicha plaza y detrás de la cual iban varios hombres gritando desaforadamente para que la detuvieran. Rapidamente se dividieron en dos grupos y mientras el primero cruzaba una soga a manera de barrera, el otro, saltando sobre los estribos del vehículo, obligaba al chófer a frenar violentamente, armándose una terrible trifulca entre los huelguistas y las personas que la ocupaban, pero, como los primeros eran los más, los segundos emprendieron la retirada, refugiándose en las viviendas más cercanas. El chófer y uno de los pasajeros entraron precipitadamente en la casa de Raquel y sin miramientos de ninguna especie, siguieron hasta el patio. Al sentir sus pasos, ella, salió a la galería y, al verlos, se escapó de su pecho un grito. Al punto, el chófer, exclamó:

—¡Doña Raquel! —luego, acercándosele, con respecto, le dijo: Que suerte haberla encontrado... Jorge sufre mucho y espera con ansiedad su regreso...

—Por Dios, Perico, ¿por qué has penetrado hasta aquí sin llamar a la puerta? ¿No te das cuenta de que, al violar un domicilio, cometes una falta imperdonable?

Perico se quedó perplejo y el compañero, haciéndose cargo de la situación, respondió:

—Señora, le suplico ser indulgente con nosotros... pues tuvimos que hacerlo para evitar que los huelguistas nos molieran a palos...

—¿Los huelguistas?

—Sí, es cierto doña Raquel, respondió Perico. —Me sacaron de la guagua y, al yo protestar, me entraron a palos y si no me hubiesen defendido los pasajeros estuviera muerto... Se armó una tángana descomunal, pero ellos eran más

y tuvimos que refugiarnos en las casas más cercanas. Nosotros entramos en ésta sin saber que Ud. la ocupaba.

—Está bien, voy a ver si ya se han ido, espérenme ahí —respondió la joven y asomándose a la puerta de la calle vió a una patrulla de polizontes despejando el sector de huelguistas. Al desaparecer éstos, volvió al patio y dijo a Perico que podían salir. En el acto él y su compañero abandonaron la casa y ocuparon la guagua, en la cual se encontraban ya los otros pasajeros. Al tratar de prender el motor se dió cuenta de que habían botado toda la gasolina por lo cual abandonaron el vehículo y se dirigieron a la Agencia de la casa Sacín y desde allí Perico sostuvo una larga conversación con Jorge sobre el atropello de que había sido víctima de parte de los motoristas, luego hablaron sobre Raquel, anotando Jorge la dirección de ésta, con la idea de visitarla tan pronto como terminara la huelga.

.....

Ante la inquebrantable resolución de los huelguistas, los dueños del trust cedieron, reanudándose el tráfico de vehículos.

A la tarde del día siguiente, mientras Raquel y Fernando conversaban en la sala, tocaron a la puerta y Paula, que en ese preciso instante se encontraba a un paso, acudió y al ver al visitante le preguntó:

¿Qué desea, señor?...

—Saludar a mi prima Raquel —respondió Jorge en voz baja, y, la buena señora, sin sospechar de quien se trataba, le franqueó el paso; al verlo, Raquel se asustó, poniéndose en pie, Fernando la imitó y al notar su inquietud, miró a Jorge, quien en forma impertinente sostúvole la mirada. Entonces, el primero, se creyó en el deber de actuar y avanzando algunos pasos hacia el visitante, con cierta altivez le preguntó:

—¿Qué desea Ud.?

Jorge como si no le hubiera oído, con sarcasmo dijo a Raquel:

—Qué desmejorada estás... Se ve que has caído en

malas manos —luego, encarándose a Fernando, agregó: —Antes de responder a su pregunta, debo saber, ¿con qué derecho Ud. se ha dirigido a mí?

—Soy el prometido de Raquel —respondió algo resentido el interpelado por la agresividad de Jorge, quien, en tono burlón, exclamó:

—Vaya, qué prometido te has echado, Raquel... Ja... ja... ja... ja... ja... y mientras se reía, Fernando le cruzó el rostro con una ruidosa bofetada, luego cambiaron tremendos golpes, uno de los cuales hizo retroceder a Fernando quien tropezó con una consola y, al tomarla de apoyo para mantenerse en pie, su mano derecha cayó sobre la estatua que Raquel se había sacado en la jira. Rapidamente la cogió y, con brutal violencia, la dirigió sobre la cabeza de Jorge, causándole una herida profunda, de la cual comenzó a manar sangre en abundancia. Al sufrir el impacto cayó sin sentido y Paula, alarmada, corrió hacia la calle, y con los brazos en alto, pidió socorro, acudiendo las personas y policías que se hallaban en las inmediaciones, uno de éstos condujo a Fernando a la estación del Barrio y otros dos llevaron al herido al hospital Padre Billini.

Instantes más tarde, Silvia, por medio de un cliente, quien se puso a comentar los hechos, se enteró de que Jorge se encontraba en estado de gravedad en la clínica y, dejando lo que estaba haciendo, corrió a su cabecera, prodigándole en forma abnegada las más cariñosas atenciones. Unos días después de su restablecimiento. Jorge, convencido de que Silvia era la única mujer que le comprendía y amaba entrañablemente, resolvió casarse con ella, lo que hizo con el beneplácito de sus padres, quienes habían llegado a idéntica conclusión.

.....

Cuando se llevaron a los contendores, Paula, entró a la casa, encontrando a Raquel tendida en el piso sobre un charco de sangre. De nuevo pidió auxilio, y varias personas que se hallaban aun frente a la casa comentando los hechos se apresuraron a prestárselo, llevando a Raquel a la clínica



más cercana. En la tarde de aquel mismo día, su estado era tan grave, que el Médico de servicio creyó prudente consultar al Director del establecimiento y éste, al leer la planilla en la cual figuraba el nombre de la joven, alarmado, corrió a su cabecera y, después de un acucioso examen, ordenó que la trasladaran a la mesa de operaciones. Terminada la operación, comentó con su ayudante:

—Gracias a Dios que me avisaron a tiempo, pues su estado era muy grave. Hizo una pausa y luego agregó: —Su muerte hubiera sido un golpe terrible para mí... Imagínese, colega, es la prima que más quiero... Nos criamos juntos y a sus padres les debo todo lo que soy. Encárguese de su traslado a la habitación número 15. Llamaré enseguida a Laura para que venga a atenderla... Resultarán pocas, en comparación con sus merecimientos, las atenciones que se tengan con ella.

Al recuperar el conocimiento a Raquel le sorprendió encontrarse en una habitación privada y acompañada por una joven de porte distinguido. Asombro que se patentizó en estas palabras de la enferma:

—¡Es increíble!

—¿Qué te parece extraño?

Raquel miró fijamente a la elegante dama que estaba a su cabecera y, con acento triste, comentó:

—Antes de perder el conocimiento estaba en un salón común... de pobres y tan sola... En cambio ahora, me acompaña Ud. y, ya ve, una habitación de primera!

Su razonamiento hizo sonreír a la desconocida, y Raquel, como si hablara consigo misma, prosiguió:

—¿A qué alma piadosa deberé tanta generosidad?

—A su primo Said —respondió la dama dándose por aludida.

—¿A Said?... Lo suponía en New York.

—Regresamos de allá hace cosa de dos meses. Esta clínica es nuestra.

—¿Entonces, Ud. es su esposa?

—Si... El me trajo a tu lado para que supervigile tu atención, pues desea que se te sirva de un modo especial.



Te suplico tratarme con la mayor confianza, es decir, como si fuéramos hermanas. Me llamo Laura.

—¿Entonces, al enterarse de mi desgracia, no se indignó conmigo?

—Al principio se disgustó, pero luego, considerando que nadie podría arrojar la primera piedra y que tú, sobre todas las cosas, eras su sangre, juró no desampararte y luchar por tu felicidad. Eso me ha hecho quererle aún más.

¡Oh!, Uds. son unos santos, musitó la enferma con los ojos anegados de lágrimas. —No sé como pagarles tanta generosidad... ¡Soy tan desventurada!

—Tontuela, no te aflijas así... A partir de hoy no te faltará nada... Seremos, si quieres, muy buenas amigas... Saíd y yo te protegeremos...

—Gracias Laura, si tú supieras como he sufrido...

—No pienses más en el pasado... La vida es así... Unas veces nos proporciona alegrías y otras sinsabores...

.....

El día que dieron de alta a Raquel, Laura la acompañó hasta su casa y al darse cuenta de que faltaba el agua y la luz mandó al chófer a recoger los recibos atrasados. Luego puso en manos de la atribulada joven un billete de diez pesos oro para sus necesidades más urgentes y esta, al recibirlo, recordó que debía un mes de arrendamiento y estaba a punto de vencerse otro, ensombreciéndosele el rostro.

Ese mismo día envió a Paula a La Vega con la misión de gestionar la venta de su propiedad. Tres días después, en momentos en que los esculturales pechos de la joven se insinuaban en forma tentadora tras la fina franela del sweter que vestía, se presentó el casero y, al fijar en ellos la mirada, le fulguraron las pupilas. Despertándose en su ser apetitos concupiscentes. Después de cambiar un saludo, Raquel, algo afligida, comenzó:

—Señor, lamento tener que rogarle una nueva prórroga, pues mandé a buscar dinero a casa y aún no lo he recibido.

—¡Oh! no se apure, joven, pues me encanta visitarla... Es Ud. tan agradable y graciosa —se apresuró a decir el

visitante quien no desprendía la mirada de los maravillosos capullos que habían despertado en su ser los instintos de la bestia.

—Bien, Señor, vuelva el día 15, pues para esa fecha ya habré recibido el dinero.

—Si Ud. quisiera, las cosas cambiarían entre nosotros.

—Anjá... ¿Y qué se le ha ocurrido? Señor.

—Ofrecerte mi protección, pues soy rico y no tengo mujer y en cambio, a juzgar por las circunstancias, tu estás sola y necesitada.

—Se equivoca Ud., pues tengo novio y no me hace falta nada —replicó Raquel, indignada ante las pretensiones del cobrador, el cual, en forma inesperada, se le acercó y estrechándola contra su pecho intentó besarla inútilmente, pues ella, utilizando las uñas y los dientes, le obligó a soltarla, luego, encarándosele, lo amenazó con llamar a la policía sino salía de la casa. Pero el sátiro, empecinado en su sádico propósito, mostrándole un fajo de billetes de banco, dijo:

—Estas papeletas serán tuyas y tendrás semanalmente el dinero que necesitas para cubrir tus necesidades y antojos si aceptas mi amistad. Dame un beso.

—Atrevido, lárguese pronto o le pesará...

—Está bien, me iré, pero tal como me has echado te arrojaré... Hoy mismo ordenare a mi abogado que inicie el procedimiento para desalojarte —rugió el rufián y abandonando la casa se alejó a grandes pasos.

Inmediatamente Raquel cerró la puerta y tirándose en la cama, rompió a llorar...

En ese instante llamaron y, temiendo que fuera él, desde el lecho preguntó:

¿Quién es?

—Laura.

Al reconocer la voz de su amiga, se apresuró a recibirla, luego le contó lo que le había hecho el arrendatario, y la noble dama, después de un instante de meditación, sin decir una sola palabra, tomóla del brazo y saliendo con ella la hizo entrar al lujoso automóvil en que había llegado. Hecho ésto trancó la casa y, entregando la llave al chófer,

le dió instrucciones para que, tan pronto como las dejara en su residencia, volviera por la ropa y muebles de la joven.

.....

En la noche de ese mismo día Raquel tuvo la oportunidad de conocer algunas de las personalidades que acostumbraban a frecuentar la aristocrática residencia de los esposos Menjel, y mientras departían animadamente, uno de los tertulianos, fijando la mirada en el Doctor Menjel, preguntó:

—A propósito, ¿qué se dice en relación con la situación política del país?

—Bueno, es un barril de pólvora a punto de estallar, pues el descontento se acentúa cada vez más, y no pasarán muchos días sin que sucedan acontecimientos políticos de incalculable importancia para el futuro del país.

—Exacto —confirmó otro personaje, el cual se refirió ampliamente al mal de fondo que socababa las bases del régimen imperante.

.....

Unos días más tarde, Laura acompañó a Raquel a ver a Fernando y éste, al enterarse de todo lo que le había ocurrido y la generosa protección que había encontrado en la casa de los Menjel, vivamente emocionado, expresó a Laura su profunda gratitud. Luego, les informó de que estaba sirviendo de practicante en la enfermería del presidio y que esa circunstancia le proporcionaba la oportunidad de poder estudiar con ciertas comodidades y de gozar de un trato especial, —agregando luego, que tenía esperanzas de presentarse a examen y que, de pasar todas las materias, se graduaría de doctor. Además, para esa fecha sería mayor de edad, lo que significaría su felicidad, pues inmediatamente se casarían.

Laura se alegró mucho al escucharlo y le prometió ayudarlo a conseguir un empleo tan pronto como estuviera libre.

En esa ruinoso época, debido a la terrible poda que se estaba haciendo en el tren administrativo, el Hospital Nacional se vió privado de los servicios de algunos practicantes y el Director, atendiendo a una súplica de su colega y amigo el doctor Said Menjel, gestionó y obtuvo el traslado de Fernando de la enfermería del presidio al "Hospital Nacional" lo cual se hizo factible debido a que éste se encontraba dentro del recinto militar y era además una institución del Ejército.

Corría el mes de enero del año mil novecientos treinta. El Gobierno confrontaba una situación política y económica muy grave. Las arcas del Tesoro estaban vacías; gravitaba sobre la República una deuda externa de más de RD\$25,000,000,00. Las importaciones del 1929, en relación con las de 1927 habían sufrido una reducción de unos RD\$4,058,496,00 y las exportaciones de RD\$28,754,528 habían descendido a RD\$23,736,497, descenso que en forma alarmanente seguía acentuándose al extremo de llegar las importaciones a la suma de RD\$10,000,000.00 y las exportaciones a RD\$13,000,000.00. Se suprimían Secciones enteras en los distintos departamentos del Gobierno, y en consecuencia numerosas familias quedaban condenadas a la más penosa miseria, pues en esa época no existían empresas industriales y las casas Comerciales importantes y las oficinas de profesionales eran pocas y tenían un personal muy reducido y las personas que lo componían por lo regular sólo por invalidez o muerte dejaban de formar parte del mismo. Y no tan solo dichas familias malpasarían, sino también las de los empleados que continuaban al frente de sus escritorios, pues, debido al atraso con que se les pagaba, (11) resultaban víctima de los prestamistas, quienes compraban las hojas de sueldos con un cuarenta por ciento de descuento, argumentando, para justificar su usura, que vendrían a cobrarlas 3 ó 4 meses más tarde.

En fin, la nación estaba en franca bancarrota y sólo el advenimiento al poder de un hombre Predestinado, podría salvarla de la ruina total.

(11) El Gobierno, actualmente,, paga los sueldos con muchos días de anticipación.

Tratando de conjurar la aguda crisis, El Gobierno creó una comisión de expertos en materia de finanzas, para que hiciera un reajuste al presupuesto de la nación, y unos días más tarde, como consecuencia de dicho plan, nuevamente se suprimían numerosos cargos y hacían una reducción sobre los sueldos (11-A).

En el mes de Febrero del año mil novecientos treinta el malestar y la confusión que imperaban en las filas del Partido Nacional eran desconcertantes. Dos Secretarios de Estado, el primero pariente y el otro favorito del Presidente Vásquez aspiraban a ser postulados por dicho partido para la Primera Magistratura del Estado, sosteniendo entre sí una lucha apasionada que dió por resultado el fraccionamiento del Partido en tres bandos. El primero de los cuales seguía al pariente, el segundo al íntimo amigo y el tercero, que era la minoría, al propio Presidente. De pronto, circuló la noticia de que éste, en estado de gravedad, volaba hacia

(11-A) Reproducimos a continuación algunos párrafos de la Nota que el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Dominicana en Washington, pasó al Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, en fecha 20 de octubre, 1931, por ser fiel exponente de los graves problemas que agobiaban a la Nación al hacerse cargo del Poder el Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, en el 1930. Crisis que se acentuó en el año 1931:

"Con el fin de que Vuestra Excelencia pueda apreciar los esfuerzos que ha hecho mi Gobierno para realizar economías y afrontar la presente emergencia, me permito señalar aquí algunas de las medidas que han sido tomadas:

1.—Los diez Departamentos del Gobierno han sido refundidos en siete.

2.—El personal de las Oficinas del Gobierno ha sido reducido de 15 a 20 por ciento.

3.—Los sueldos de los restantes empleados públicos han sido reducidos en este año en un quince por ciento, lo cual constituye una reducción total de 25% desde 1929.

4.—Se han hecho economías generales en los gastos de todos los Departamentos del Gobierno; las reducciones efectuadas en los presupuestos desde comienzos de 1930 ascienden a más de RDS2,500,000.00 o sea un 25%. A pesar de todos nuestros esfuerzos, las rentas han llegado a ser tan insuficientes que la vida económica de la República está paralizada y la existencia del Gobierno ordenado está en grave peligro. Los siguientes son algunos de los hechos más sobresalientes de la situación actual.

1.—Los sueldos de la mayoría de los empleados del Gobierno no han sido pagados durante varios meses debido a la carencia de fondos.

2.—Las apropiaciones para sanidad y beneficencia, particularmente para el mantenimiento de hospitales e instituciones benéficas han te-

un hospital de Baltimore. Desde ese momento el desasosiego aumentó en forma alarmante y la prensa, apesar de su moderación, reflejaba con exactitud el malestar que existía.

El día 21 de febrero, de un modo insistente circularon por toda la ciudad rumores alarmantes con respecto a la situación política del Cibao. Se decía, por lo bajo, que en Santiago había estallado un Movimiento Cívico y que la guarnición se había rendido, rumores que fueron confirmados con nuevas noticias procedentes del interior del país.

En la madrugada del día 23 las tropas del Movimiento Cívico irrumpieron en la plaza en medio de atronadoras descargas, asediando la Mansión Presidencial, en la cual, el Presidente Vásquez, con los pocos adictos que aún le quedaban, se aprestaba a ofrecer resistencia en un inútil esfuerzo por retener el poder que se le iba de las manos, debido a la debilidad, dejadez y poco tacto con que había actuado en el ejercicio de sus elevadas funciones.

Entre las filas del Movimiento Cívico se encontraban el Dr. Menjel y algunos de sus compañeros de tertulia.

Algunos días después el General Vásquez dimitió. Nombrando la Asamblea Nacional un nuevo Presidente.

---

nido que reducirse al extremo de que la Salud Pública se encuentra amenazada.

3.—Muchas escuelas han sido clausuradas, y no se le puede pagar a la mayoría de los maestros.

Esta situación ha llevado al pueblo dominicano a un estado de pesimismo y desesperación que constituye de por sí una seria amenaza a la continuación de un Gobierno estable y ordenado, etc.”

“En vista de la emergencia crítica actual mi Gobierno ha decidido que debe tomar medidas inmediatas para evitar el desintegro completo de nuestra vida nacional. En consecuencia ha preparado un proyecto de ley para someterlo al Congreso Nacional el cual, sobre la base del presente nivel de las entradas aduaneras pondrá a disposición del Gobierno rentas adicionales que montarán aproximadamente a RD\$1,000,000 mensuales. Tal medida de parte de la República Dominicana dará necesariamente por resultado la suspensión de los pagos de amortización sobre nuestros bonos exteriores, etc.”.

A esta comunicación el Departamento de Estado de Washington, dió contestación por nota del 23 de octubre, de la cual reproducimos el siguiente párrafo:

“Su Nota del 20 de Octubre del 1931, informándome de la situación crítica que está atravesando la República Dominicana, ha merecido mi más esmerada y benévola consideración y me ha conmovido mucho la gravedad de la situación expuesta por Ud. Los informes todos que he recibido de otras fuentes indican que el Gobierno Dominicano está pasando por un periodo de los más graves y difíciles”.

En el mes de mayo se celebraron elecciones y por una mayoría abrumadora de votos, fué elegido Presidente Constitucional de la República, el Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo M., en quien, en tan críticos instantes, la mayoría del pueblo dominicano, vió al hombre predestinado para salvar al país de la grave situación por que estaba atravesando, apreciación que, sus brillantes actuaciones de Gobernante, han confirmado plenamente.

El 16 de Agosto del mismo año tomó posesión y, algunos días más tarde, Fernando fué indultado. Al verse libre su primer acto fué tomar un automóvil y dirigirse a la casa de los esposos Menjel. Al verlo, Raquel, arrebatada por la alegría, le abrazó y entre besos le dijo:

—Amor mío, por fin terminaron nuestras angustias. Fernando vivamente emocionado y con los ojos llenos de lágrimas, la besaba sin cesar. Laura los contemplaba sin atreverse a interrumpir tan enternecedora escena. Luego, el visitante extendiéndole la mano, le reiteró la expresión de su inmensa gratitud por la generosa ayuda que les había prestado en momentos tan difíciles de sus vidas y después de hablar durante largo rato sobre distintas cosas relacionadas con su porvenir, acordaron fijar el día 15 de septiembre para la celebración de la boda. Eligiendo esa fecha debido a que Said el día anterior había partido hacia el extranjero en misión oficial que le retendría fuera del país unos diez días. El y su esposa serían padrinos y, algunos de los caballeros que acostumbraban a frecuentar la casa, firmarían el acta matrimonial como testigos.

Para resolver la difícil situación económica por que atravesaba Fernando, Said, antes de emprender viaje, habló con un alto funcionario de la nación para que le consiguiera un empleo.

.....

El día dos de septiembre, Fernando, quien ya había entrado en la mayoría y había, además, presentado con resultados brillantes las materias correspondientes al último año de la facultad de medicina, lleno de optimismo, celebraba



en compañía de su prometida, de Laura y de algunos amigos, su toma de posesión como Ayudante de una Dirección General y además la terminación de todas las diligencias y preparativos concernientes a su próxima boda. En el curso de la velada se descorcharon algunas botellas de champagne y se hicieron votos por la ventura personal de tan agraciada pareja.

La noche estaba lluviosa y una brisa muy fuerte presagiaba tormenta. A la mañana siguiente Fernando se levantó muy optimista y, después del desayuno, se dirigió a la Oficina. En esos momentos llovía y estaba en todo su apogeo un "Mar de fondo", que desde el día anterior azotaba todo el litoral sur de la República. Olas gigantescas batían constantemente el tramo comprendido entre las calles "19 de Marzo" y "Espaillat", (antiguo malecón "PADRE BILLINI").

A pesar de lo peligroso que resultaba transitar por dicho sector, muchas personas lo hacían, prorrumpiendo en clamorosas carcajadas la multitud que estaba apostada en las inmediaciones del antiguo faro, cada vez que una ola sorprendía a tan temerarios transeuntes.

En una ocasión, unos jóvenes, en estado de embriaguez, deteniéndose en el sitio más castigado por el mar, formando una rueda, se pusieron a dar vueltas cantando "LA RUEDA MAS HERMOSA"... De pronto se les vió desaparecer bajo una mole de agua; surgiendo algunos metros más al norte. Al pararse, unos corrieron hacia un cocal cercano y, los otros, dando muestras de temeridad, volvieron al sitio de donde habían sido desplazados por la ola. Ya se disponían a formar de nuevo la rueda, cuando sonaron las sirenas y las estaciones de radio anunciaron la proximidad de un ciclón cuyas proporciones eran desbastadoras, aconsejando al pueblo tomar serias precauciones, pero éste, sin detenerse a pensar en las trágicas consecuencias de un fenómeno de esa naturaleza, tomó a chacota el anuncio y despreocupado siguió la gran parranda iniciada el día anterior.

Los cafetines de la parte alta de la ciudad estaban aba-

rrotados de hombres y mujeres que bailaban y bebían sin control, riéndose de las advertencias que constantemente recibían por radio en relación con la proximidad del huracán. A eso de las diez a. m., las llamadas hacia la necesidad de recogerse en sus hogares, eran más apremiantes, motivo por el cual las oficinas suspendieron sus labores. Inmediatamente Fernando, se dirigió a la casa de los Menjel, pues Said todavía se encontraba en el exterior, atención que Laura le agradeció sobremanera. En esos momentos el viento tomó proporciones aterradoras. Los árboles, arrancados de cuajo, se perdían entre densas nubes de agua lechosa y las planchas de zinc y fragmentos de madera, block, etc., eran agentes de destrucción y muerte. Atraídos por los gritos de unos caminantes, Fernando salió a la puerta y Raquel, ante el riesgo que corría, le gritó:

—Fernando, entra, mira que una plancha de zinc puede malogarte.

—Aquí no hay mucho peligro —respondió el joven— agregando luego: —Fíjate que los objetos que arrastran los vientos se estrellan contra las casas del frente.

—Tienes razón, —confirmó Raquel, —el peligro está en el techo, desde que vuela la primera hoja de zinc las otras se irán tras ella.

—Dios nos proteja —murmuró asustada Laura.

En ese momento sintieron un ruido infernal y casi al instante invadieron la casa unos vecinos en cuyos rostros se reflejaba el pánico. Inmediatamente se sintió otro estruendo y en seguida vieron a un hombre que, con un niño entre los brazos, corría hacia abajo. Tras él iban unas mujeres, las cuales quedaron sepultadas bajo los escombros de una casa que se desplomó. Un fragmento alcanzó ligeramente al hombre haciéndolo perder la estabilidad. Al caer soltó al niño siendo ambos arrastrados por el impetuoso río que se precipitaba hacia el mar. Tras un esfuerzo titánico logró incorporarse y al tratar de recuperar la criatura, una plancha de zinc le cercenó la cabeza, escapándose del pecho de las personas, que desde la casa de Laura, habían presenciado la macabra escena, un grito de espanto. En seguida lle-

gó un grupo de personas sangrantes y con la ropa hecha jirones las cuales horrorizadas decían que todo cuanto habían visto a su paso era ruina, desolación y muerte. De pronto una mujer semidesnuda, y con los ojos desorbitados por el terror, arrodillándose alzó los brazos y pidió clemencia al Gran Poder de Dios. La consternación era indescriptible. Algunos de los recién llegados, como enloquecidos gesticulaban refiriendo escenas infernales. En ese instante se destruyó una plancha de zinc del techo y una ráfaga monstruosa sacudió el edificio. El pánico y la confusión subió de punto y Fernando, para levantar la moral, gritó:

—Señores, déjense de lamentaciones y estén atentos a las paredes.

El fin era inminente. De pronto, una mujer gritó:

—La casa se derrumba huyamos:

Inmediatamente se lanzaron a la calle, refugiándose en la casa más inmediata, la cual tuvieron también que abandonar precipitadamente, quedando atrapados en sus escombros una parte del grupo. Los gritos de auxilios que salían de los fragmentos eran desgarradores.

Tomados de las manos, Fernando y las dos jóvenes corrieron en dirección a un chalet de la calle "Doctor Báez" que aun resistía los furiosos embates del ciclón, para llegar al cual tenían que cruzar una sabana inmensa, que daba la impresión de un brazo de mar cubierto de escollos. Cuya travesía era casi un suicidio debido a la avalancha de zinc, puertas, hierros, etc., que en asombrosa profusión arrasaba la tormenta hacia la parte baja de la ciudad. Al llegar al centro de la misma, Laura lanzó un grito y se detuvo. Había quedado atrapada entre unos escombros. Fernando se apresuró a prestarle auxilio y, al darse cuenta de que tenía una pierna lesionada, la tomó en brazos y reanudaron la marcha. Ya le faltaban muy pocos metros para alcanzar el refugio, cuando cayó de bruces. Inmediatamente Raquel le ayudó a levantarse y tomando de nuevo a Laura siguieron hacia su destino al cual llegaron tras una desesperada y titánica lucha contra los desencadenados elementos.

Segundos más tarde hubo una calma y los supervivien-

tes abandonaron los refugios para prestar auxilio a los heridos.

El cuadro que se ofrecía a la vista era desolador, dantesco. La ciudad estaba convertida en una inmensa sabana cubierta de escombros, cadáveres, heridos y mutilados. Hombres, mujeres y niños, semidesnudos, sangrantes, aterrorizados y enloquecidos por el dolor y el espanto, a viva voz llamaban a sus familiares desaparecidos. Tras unos minutos de calma, arremetió la tormenta con mayor furia causando nuevas víctimas y estragos. Al día siguiente nadie se preocupó por recuperar las ropas e intereses como prendas, etc., que habían quedado entre las ruinas, por considerarlo innecesario, ya que, para todos, el mundo se había acabado. Y gracias a la oportuna ayuda del Gobierno y de algunos países amigos y a las voces de estímulo contenidas en el Manifiesto que el día cinco de tan fatídico mes dirigió al pueblo, el honorable Presidente de la República, Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo M., algunos días más tarde recobraban la fe y tomaban nuevos impulsos para la lucha.

Fernando y Raquel, se consagraron en cuerpo y alma al cuidado de Laura quien tenía una pierna fracturada. Al día siguiente en la tarde, los padres de Fernando, al ver que él no había ido a saber de ellos, se alarmaron y fueron al hotel donde se hospedaba, en el cual una camarera les informó que desde la mañana anterior se había dirigido a la casa de su prometida y que no había regresado. Inmediatamente, don Elías reunió a varios amigos y familiares y apresuradamente se dirigió a la casa de Laura angustiándose al ver que había sido destruída. Luego se dirigió al chalet y al encontrarlos y darse cuenta del estado de Laura, suplicó a ésta y a Raquel que se fueran a vivir con ellos. Pues su casa, por ser una construcción muy sólida y estar entre grandes edificios no había sufrido gran cosa. Ofrecimiento que acogieron debido a las penosas circunstancias por que atravesaban y muy especialmente al deseo que tenían de olvidar sus querellas y buscar por la armonía la felicidad de todos.

Al punto improvisaron unas andas y acomodando en ella a Laura emprendieron viaje. Al verlos llegar tanto do-

ña Rebeca como Abraham, Selme y demás familiares, dieron gracias a Dios por haberlos librado de la muerte y se mostraron muy complacientes y cordiales con ellos.

En esta actitud había sido factor decisivo la gratitud que sentían hacia los esposos Menjel por la protección que habían prestado a Fernando en momentos difíciles de su vida, así como las excelentes pruebas de fidelidad y abnegación dadas por Raquel.

Dos días después del regreso de Said se celebraron las bodas comenzando para ambas familias una vida de comprensión, estabilidad y de dicha inefable.

FIN



COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

## EL ENTIERRO DE LA MADRE

Abrumado por el dolor que agobia su corazón, Manuel abandona la alcoba donde yace el cuerpo de la madre que acaba de expirar.

El médico de cabecera, requerido por él, de mal humor deja el mullido lecho en que reposa y extiende el certificado de defunción.

Son las dos de la tarde. El sepelio debe verificarse a las cinco.

Triste va pensando Manuel donde conseguir el dinero necesario para pagar por adelantado a la agencia funeraria y al cura, de acuerdo con la norma establecida.

En tan penosos instantes cruzan por el cerebro del joven, ideas tan inconexas que les es imposible encontrar la fórmula apropiada para la solución del grave problema que confronta. Y, sin saber que hacer, desorientado, recorre las calles de la bulliciosa ciudad. Los minutos vuelan sin una decisión. De pronto, piensa en un pariente lejano económicamente bien, a quien él, en iguales circunstancias, cinco años atrás, había ayudado. Brilla en sus ojos un destello de esperanza. Cambia rápidamente de rumbo y, ya frente al familiar, le aborda con la vehemencia de un alucinado.

El requerido, indiferente al dolor del joven, se angustia a la sola idea de tener que sacrificar parte de sus economías para ayudar a quien tan generosamente hábale tendido la mano en su desgracia.

Manuel no implora. Frente al antiguo deudor, exige. Y hay tal énfasis en su reclamo que el ingrato pariente de-

cide prestarle la mitad de la suma que le ha solicitado, entregándosela después de decirle que ese dinero es todo lo que tiene en su casa. Palabras que hacen que Manuel pierda la fe en los principios de noble reciprocidad que rigen las relaciones familiares.

Inmediatamente se dirige a la Agencia Funeraria y entrega el dinero.

Ya tiene derecho a exigir premura en la ejecución del servicio y reclama.

La empleada, una mujer de tez amarilla, delgada y de ojos saltones, al recibir el dinero, con voz chillona, ordena la rápida preparación de un entierro de tercera.

El cielo se cubre de negras nubes.

Un trueno anuncia la inminente lluvia.

Agotado por el peso de las terribles emociones que han sacudido todo su ser, regresa Manuel a su casa.

Junto al lecho de la muerta está la hermana.

Cuatro cirios, sobre pobres candeleros, completan el sombrío cuadro preñado de pobreza y de dolor.

Manuel, penetra en la cámara mortuoria y pesadamente se deja caer sobre una silla que cruje al recibir su cuerpo.

—LOS GASTOS DE LA AGENCIA FUNERARIA ESTAN CUBIERTOS —dice lentamente a la hermana —pero no la llevaremos a la Iglesia, pues no he podido conseguir el dinero para pagar dicho servicio.

La hermana, desesperada por la infausta información, se arrodilla junto al rígido cadáver y embriagada de ternura descubre el rostro de la muerta; acarícialo con manos trémulas y entre amargos sollozos, musita: —Madrecita mía, es imposible, no te irás sin que te lleven a la iglesia... Dios es grande... Dios es bueno... El no lo permitirá.

Sus lágrimas bañan el demacrado rostro de la muerta.

Un frío de muerte recorre todo el cuerpo de Manuel. La impotencia le deprime y desconsolado se abisma en un caos de turbación y sombras.

La noticia cunde hacia el exterior de la casa y es la consternación de aquel vecindario aferrado al aforismo que reza: "MUERTO QUE NO VA A LA IGLESIA VA DE RECHO AL PULGATORIO" y a este otro: "SI EL MUER-



TO NO VA A LA IGLESIA ES SIGNO DE ATEISMO O INDIGENCIA”.

La marea de ansiedad sube; ahoga los corazones y, en tan dolorosas circunstancias, el milagro se realiza... ; Ya podrán llevarla a la Iglesia!

El seco chisporrotear de los cirios hacen más lúgubre la aciaga escena que macabramente cuaja en la triste penumbra en que está envuelta la alcoba.

Manos nerviosas ajustan los tornillos que aseguran la tapa del féretro.

La cruz llega.

La hija, en el paroxismo del dolor dá el último adiós, a la madre, que se va en brazos de la parca para el cielo.

El fúnebre cortejo silenciosamente va rumbo a la iglesia.

Los perros ladran a su paso, mientras irreverentes los desarrapados muchachos del humilde barrio chillan y se mofan de un idiota que se ha unido al duelo.

En el templo, mientras el anciano fraile, en cuya fisonomía de hombre agobiado por el peso de los años, se advierte la impaciencia por acabar los fúnebres oficios, un monaguillo trata de disimular la risa que le provoca los gestos del idiota.

Ya van camino del camposanto.

Los gigantescos pinos que, a manera de guardianes de las almas, velan el sueño eterno de los muertos, entonan un “miserere” cuando llega el duelo.

El féretro recibe el tenebroso abrazo de la tierra, mientras el Sol, en el ocaso, nimbado por blancas nubes, lanza sobre un fondo azul sus últimos destellos que, cual aspas doradas, formando ángulos equidistantes, se esparcen entre copos de nubes de impoluta blancura en un maravilloso contraste de azul, rosa y oro.

Al contemplar tan deslumbrador espectáculo, pensamos que es un tributo de la naturaleza a la santa que llega al cielo!



## V I A   C R U C I S

Rafael Rosales se detiene frente a la puerta mayor de la iglesia de Santa Bárbara. Está pálido y excesivamente nervioso. Junto a él deposita dos maletas, un mulato de recia musculatura, en cuyo plácido semblante se adivina una vida sin grandes preocupaciones económicas y sociales, quien, tan pronto recibe la propina, se aleja luciendo al sol su greña de mozo poco presumido.

Pocos instantes después Rafael ocupa lugar en un automóvil que casi en seguida parte con rumbo a un ingenio cercano.

Va apretujado a una flor recién abierta, en cuyas frescas mejillas puso la naturaleza todo su divino arte, y en el purísimo azul de sus ojos una pincelada Rafael, el roce con sus ardientes carnes es tentador, sin embargo, el joven está abstraído en profunda meditación. Ella acostumbrada a las charlas de viaje, se siente disconforme con su indiferencia. El despecho que experimenta excita su curiosidad por saber quién es este joven, que ni aun sintiendo el calor de su cuerpo se ha fijado en ella.

El cielo está engalanado con un maravilloso celaje; en la fronda los pájaros cantan de alegría al recibir los tibios besos del sol; inundan dulces melodías la carretera; las vacas pastan por las llanuras con su filosófica paciencia.

Los pasajeros embelesados contemplan el bello panorama que se ofrece a sus ojos. De repente, experimentan la sensación precursora de la catástrofe. Instintivamente la muchacha se agarra de Rafael, quien a su vez le ciñe la cintura con su brazo derecho. Afortunadamente, el chófer conjura el peligro de un choque con un camión que salía

de una finca. Entonces Rafael pide excusas a la encantadora compañera de viaje, quien complacida con su atención, sonríe, luego se enfrasca en un animado comentario sobre el accidente, cuya culminación no fué trágica, gracias a la serenidad del chófer. Hábilmente ella hace cambiar el tema de la conversación, llevándola al terreno de la vida del joven.

—¿Es usted el Dr. P...?

—No, señorita, mi nombre es Rafael Rosales y estoy especializado en materia de cooperativa.

—¡Ah!, esa es una actividad nueva entre nosotros:—  
¿De seguro, Ud. gana mucho?

—Oh, sí, he ganado mucha y muy amarga experiencia —respondió el interpelado.

—Qué extraño —pensó la joven y tras un segundo de vacilación con cierta timidez preguntó: —¿Fracasó la cooperativa?

—No el que resultó defraudado fui yo, —se limitó a decir Rosales.

—¡Oh!, qué torpe soy —...Apesar de lo que Ud. me ha dicho sigo en el limbo, señor Rosales —exclamó la encantadora muchacha y con cierto dejo de desaliento el joven aclaró:

—Fuí víctima de una injusticia de parte del Director de la cooperativa a la cual servía.

En los ojos de Rosales fulguró la indignación y tras un instante de pesado silencio continuó: —Yo era el secretario de dicha asociación y además tenía el control del movimiento de los efectivos de la empresa. Trabajaba día y noche en interés de prestar mi mayor cooperación al progreso de la misma.

Todo marchaba normalmente y a las mil maravillas hasta que, en una ocasión en que la Oficina tenía necesidad de cubrir un crédito para mantener abiertas las puertas de la casa acreedora, ya muy avanzada la tarde, se recibió un cheque por idéntico valor. Para ganar tiempo, y este fué mi gran error, apresuradamente le dí entrada en la caja; escribí una nota en la libretica de apuntes que llevaba encima y salí corriendo hacia la citada casa, a la cual se lo entregué.

Al día siguiente tan pronto como llegué a la Oficina, el Director, sin darme tiempo para hacer nada, me ordenó partir para un pueblo cercano con la misión de resolver un problema que se había presentado con uno de nuestros clientes. A mi regreso, debido a la fatiga del viaje y al gran tráfico de la oficina, olvidé darle salida a dicho valor. Meses más tarde, al ser residenciada la empresa resultó un aparente déficit, del cual se me acusó y sin darme tiempo para nada, se me exigió la renuncia. Yo la presenté, pero no sin antes gritar desesperadamente que era inocente; que se estaba cometiendo conmigo una injusticia y que antes de arrojar fango sobre mi reputación, se agotaran todos los recursos para dar con el error, sin que el Director oyera mis ruegos.

Como Ud. supondrá, ante la monstruosidad de aquella ominosa acusación quise volverme loco... Los nervios y el cerebro se me trastornaron, perdiendo la facultad del discernimiento. En ese deplorable estado mental y anímico me era imposible trabajar con la serenidad y agilidad necesarias para dar con la razón de aquel aparente déficit. Desesperado, impotente, pedí al Director que me ayudara a resolver la situación, pero en vez de hacerlo, se mostró implacable, —Rosales hace una pausa y luego con amargura, agrega: —Y si no fui a parar a la cárcel, se debió a que la Asociación me debía por concepto de sueldos atrasados un valor superior al del cheque desaparecido.

—¡ Ah, pero tan poco le pagaban!... Y, entonces, ¿por qué Ud. seguía trabajando?

—Bueno, se explica por el hecho de que esas mensualidades atrasadas correspondían a la época en que la cooperativa se inició. Entonces, yo trabajaba en otra oficina en las horas de la mañana y para ayudar al aumento del activo de la asociación dejaba dicho valor en fondo.

—¡ Ya comprendo!... Magnífica prueba de amor hacia la asociación, —exclamó llena de admiración la joven y Rosales, continuó:

—Como yo era inocente, y necesitaba una reparación, continué sin desmayo la búsqueda y, hurgando en unos papeles viejos que guardaba en casa, encontré una libretica

de apuntes correspondientes a la época en que se recibió el cheque de tan fatídica historia. Y, cual no sería mi alegría al encontrar en una de sus páginas, entre otras notas, la referente al endoso de dicho valor. Al punto me trasladé a la casa a la cual se lo había entregado y allí, comprobé que dicho valor figuraba abonado a la cuenta de la cooperativa en la misma fecha en que yo lo depositara.

Entonces, eufórico, con la satisfacción saltándome en todo el cuerpo, y en la creencia de que el Director ante la evidencia irrefutable del error, me rehabilitaría ante la sociedad, y me indemnizaría por la pérdida que el retiro me había ocasionado, fui a verlo, pero no quiso recibirme. En vano le he escrito en distintas ocasiones explicándole el caso, pues aun estoy en espera de su respuesta.

—¡ Señor Rosales, parece mentira! . . . ¿Cómo es posible tanta injusticia? Ud. debe estar exagerando —exclamó la joven con ojos de asombro y Rafael, sonriendo amargamente prosiguió:

—Aunque le parezca imposible tanta crueldad, lo expresado es tan real como lo que voy a confiarle: —Dentro de tres meses a más tardar, estaré totalmente arruinado si una circunstancia imprevista, o uno de esos seres predeterminados para la felicidad de sus semejantes, no cambian el curso descendente de mi suerte. . . ¡De mi negra suerte! . . . Rosales calla, los músculos faciales se le contraen mientras su imaginación vaga por el nebuloso mundo de su triste pasado. . . Un pañuelo recoge el frío sudor que perla su frente, y luego, continúa Rosales diciendo: —Hace un año que vendí la casa que había construído a base de sacrificios para dejar a mis hijos un albergue confortable en caso de orfandad. Con el producto de dicha venta compré un automóvil y lo puse en la línea, pero tres choferes consecutivamente me quedaron mal y para no perderlo todo, lo vendí. Luego, como me era imposible sostenerme sin producir, después de muchas noches de desvelos, resolví poner otro negocio, cayendo en el más craso error, al dedicarme a las actividades del comercio de fantasías. . . Los restos de la tienda que puse van dentro de las dos maletas que usted vió a mis pies hace un momento. Varios amigos me han

aconsejado que visite el ingenio, para ver si logro vender algo semanalmente. Esa es la razón que me lleva a ese sitio, cuyo medio ambiente desconozco, pues hace diez años que lo visité por última vez. He perdido todas las energías en la lucha sin tregua que vengo librando desde entonces; ¡Ya solo soy una sombra del hombre vigoroso que era ayer! Los labios de Rafael se unen por un rítmico nervioso, que revela muchas y muy amargas decepciones.

Súbitamente el carro se detiene: ha llegado a su destino.

Varios muchachos andrajosos se apresuran a ofrecer sus servicios a los viajeros. Rafael pide a uno de ellos que le ayude a trasladar las maletas al pie de un frondoso árbol que ofrece su sombra protectora a pocos pasos de allí. En este sitio las abre y extiende sobre el césped una gran parte de las mercancías en ellas contenidas.

Atraídos por la novedad del caso se acercan muchas personas. Rafael les dá los precios de cada artículo, y como éstos resultan más bajos que los de la bodega, algunos se apresuran a comprar los que necesitan.

El atribulado joven siente su alma inundada por la esperanza, al ver los buenos auspicios bajo los cuales se ha iniciado la última partida que juega en el tablero de la suerte. Mas, esta alegría le dura poco, pues diez minutos después de haberse estacionado bajo el árbol, el Jefe de Orden del Ingenio le exige la presentación de la patente de buhonero, la cual él no portaba en esos momentos. Desanimado hunde las piezas de fantasías en las maletas y se encamina hacia un caserío que está cerca del batey.

Al cruzar junto a las últimas barracas del Ingenio, ve un grupo de personas tomando agua de una llave pública, ésto le insinúa la posibilidad de una buena venta, por la cual entusiasmado, abre la maleta junto a una choza enclavada cerca de la pluma de agua. Incontinenti lo rodea una partida de personas de aspecto humilde muchas de las cuales sin su consentimiento toman los artículos más delicados reteniéndolos en sus manos sucias en asecho del menor descuido para esconderlos.

El sol inclemente quema el rostro de Rafael, el hambre produce una fuerte debilidad en su organismo. Sus nervios

se enervan, el fracaso le atormenta. En su rostro está impresa la ansiedad que lo ahoga. Las horas pasan con su pesado ropaje de dolor. Ni una sola mirada amistosa, ni siquiera un rostro agradable asoma por el escenario donde se desarrolla el drama de su infortunio. La monotonía del ambiente y el insoportable sonido de las campanas de las locomotoras que se detienen a pocos pasos de aquella estación del vía crucis de Rafael, le causan una fuerte perturbación mental.

La sirena del ingenio avisa a los trabajadores la llegada de la hora destinada al descanso, Rafael, en vista de que no ha logrado vender en ese sector, decide visitar las casas de familia del batey y, como Jesucristo, con el corazón herido por la indiferencia de unos y las crueldades de otros, va, casa por casa, abriendo y cerrando las maletas inútilmente.

Acosado por el fracaso, resuelve regresar a la Capital. En la estación de vehículos recibe la aplastante noticia de que la última diligencia de la tarde había partido. Esto significa la pérdida de la única oportunidad del día para poder regresar a su casa. Entonces el muchacho que le ayuda a llevar las maletas le aconseja que se sitúe en la carretera, pues de tarde pasan vehículos con dirección a su casa. Rafael le ruega que lo acompañe hasta allá, pero el muchacho se excusa so pretexto de que debe atender a una obligación que tiene pendiente y cuyo cumplimiento es urgente.

El maltrecho joven, en cuyo semblante se refleja la aflicción, sabe que es imposible permanecer en el ingenio, pues allí ni existen hoteles ni tiene amigos y resuelve regresar a su casa de cualquier modo; toma las maletas y se dirige a la carretera. La marcha es penosa, agobiante, lenta, con muchas y largas estaciones; el peso excesivo que, en tan desventajosas condiciones físicas, carga, le doblega.

El sol, en el poniente, se oculta tras negras nubes, tornándose más sombrío su calvario.

Por segunda vez, en aquel aciago día, suena la sirena del Ingenio y como por obra de encantamiento, emergen de los cañaverales una multitud de haitianos, con la clásica mocha



en la diestra. Rafael insensible a los ruidos y sensaciones exteriores, por efecto de las hondas emociones que se agitan en su fuero interno, y las torturantes ideas que embarcan su cerebro, no ha oído el pito, y atribuye la repentina aparición de las grotescas y desaliñadas figuras humanas a un propósito de asalto contra su persona y atemorizado acelera el paso. Un gigantesco haitiano, que sale a la carretera, le grita: "¿Musíé quere ayuda maleta?" Rafael lo mira y al ver que se unen a éste dos negros más, le grita con energía: ¡No! y sigue caminando hacia su destino. Los haitianos pasan junto a él sin intentar nada contra su persona: eran gentes buenas. Por fin, llega a la carretera, se detiene al margen de la misma y rendido por el cansancio se desploma.

De repente el cielo se cubre de negras nubes. Comienza a caer una llovizna molestosa que poco después se convierte en un aguacero. La atmósfera se carga de una densa neblina. El agua inunda la vía férrea. A unos trescientos metros de distancia del sitio en que él se encuentra, una locomotora patina, vomitando una espesa humareda cuajada de chispas. El chep, chep, chep, ruido producido por el escape de vapor de aquel monstruo de hierro, sugiere la agonía de un cíclope.

¡Tinieblas, truenos, agua y fuego!... ¡Cuadro aterrador, dantesco! Y en medio de ese circuito infernal Rosales está anonadado, enfermo.

Por fin, allá, muy lejos, se insinúan dos puntos de luz. Los puntos crecen, se precipitan sobre los desorbitados ojos de Rafael, quien temeroso de perder la única oportunidad que se ha presentado en tres largas horas de espera, se sitúa casi en medio de la carretera y gesticulando como un poseído, grita al chófer para que se detenga y éste al advertir su presencia hace un viraje violento tratando de evitar el impacto, sin lograrlo completamente, pues Rosales rueda hacia una orilla de la carretera. El vehículo se detiene y saltan de su interior un elegante señor y una distinguida y encantadora damita seguidos del chófer, quienes corren a prestarle auxilio, sintiendo un gran alivio al ver que estaba

vivo. Inmediatamente ordenan al chófer recoger las maletas, luego cargan a Rosales y lo acomodan en el asiento trasero, partiendo velozmente hacia un hospital militar cercano, al cual tenían acceso. El médico diagnostica heridas curables antes de los diez días.

La prestante pareja se interesa por la suerte de Rosales y pocos días más tarde se abren para él nuevos y promisoros horizontes, terminando así su vía crucis.



Periodo DR. A. FERNANDEZ SPENCER 1969

